

EMPÉDOCLES

Enrique González Rojo

2005

EL SABIO DE AGRIGENTO

I

Isla acariciada a dos manos
por mar antiguo,
añejo,
de cosechas anteriores a Cristo.
Olas que son música y poesía,
versificadas por el firmamento,
preludios que le pisan los talones
a sus fugas,
voces en clave de agua,
solos de lira
con cuerdas bocales.
Tierra que,
en cámara lentísima,
huye perpetuamente
del puntapié amenazante
del destino.
Acantilado que azotan
furiosos hexámetros y trocaicos
de suspirantes sílabas
cabalgados por las espumas
del verso blanco.
Isla rica en valles, cordilleras,
florestas, templos, moluscos
(semen arrojado
por los éxtasis del mar)
y pactos con el cielo
que atestiguan, efímeras, las nubes
y rubrican a su paso
parvadas de gaviotas.

II

En días antiquísimos,
los griegos embarcaron
sus navíos ligeros, sus naos y trirremes,
sus espadas, sus escudos,
sus ojos incendiados de horizonte a la busca de miradas inéditas,
sus creencias y costumbres,
su olimpo (comarca de palabras mayores
donde Cronos fue excluido por el Hado
de sus sucios negocios con lo efímero);
sus arpas eólicas,
sus cítaras,
sus coros de cisnes moribundos,
sus flautas de jilgueros disecados
que enhebraban la música de fondo
de donde emergían
las nueve maneras en que los humanos,
en su parnaso anímico,
se acercan, sedientos, a la belleza;
también trajeron consigo la alcándara
de palabras huidizas,
símbolos,
epítetos,
metáforas que son los cromosomas
del milagro,
materia prima con que trabajaron Homero,
Hesíodo, Píndaro, Anacreonte,
y supieron ahogar entre los brazos
los límites, olorosos a muerte,
del espacio y el tiempo.
Y al arribar a las playas de Sicilia
descendieron con todo y cargamento,
desembarcaron parte de su historia
y un pedazo de su patria.
Lo bajaron todo
-sin excluir la lluvia, los crepúsculos o el olor de su Grecia-
hasta hacer de esta isla
una de las provincias más prósperas del espíritu
y un espacio celeste
donde el águila de Zeus,
que reunía en sus ojos toda la isla,
gritaba,
con ademanes de aire,
lo que son sus alas...

III

Oh poesía,
eres una lupa, con su coágulo de agua bendita,
que embarnece la imagen
y da su alimento prodigioso
a los diminutivos.
O mejor, el microscopio
que descubre la ilusión
de lo invisible,
saca de su madriguera a los complejos
de inferioridad (enconchados en sus propias entrañas)
y nos delinea en las pupilas
los contornos insospechados del vacío.
Estás aquí, cabe mis ojos,
a la vera de mi insomnio inquisitivo,
y me permites adivinar en esta isla,
en este manchón de tierra que emborrona los mares:
las planicies y montañas,
el volcán y su caja de Pandora
(con titánicos fuegos apresados)
las ciudades de Siracusa,
Leontini, la dorada Acragas.
Y al impulso de la nueva estatura
que anima a las minucias,
miramos cómo el hormiguero
empieza a demoler
sus viejos amores
con lo imperceptible...

IV

En Agrigento

hay palacios...
y hay cabañas.

Hay manteles
en que el mudo, postergado e inminente tintineo
de la cristalería
espera de los brindis
el impulso necesario
para salir a escena.
Variedad infinita de manjares se halla a punto
de desbordarse de las mesas
hacia el pequeño precipicio,
muerto de hambre,
que las circunda.
¡Qué lujo! En el delirante boato
se encarga el primer actor,
dorado y reluciente,
de los mejores y más largos parlamentos.

Hay mendrugos de migajón mentido
sino de hogazas untadas de miel
(untados de miel,
en el acerbo afán de edulcorar
la penuria),
que, aunque no pueden engañar al estómago
-bajo el cuidado del instinto custodio-
a veces confunden a la boca
que, como niño con bocado nuevo,
paladea la mentira.

Hay ropajes hechos con esplendente seda
salida de inmortales gusanos,
acompañados de susurrantes joyas
que le ponen el finísimo cencerro al rebaño aristócrata...

Hay estameñas de algodón,
con costras de remiendos, preocupadas
en castrar el frío,
proteger la carne,
rodearla de calor hogareño.

Hay afeites y cosméticos que pergeñan
la retórica de lo postizo,
el rictus de lo apócrifo o el embuste de la máscara,
modelando una cara con facciones de harina,
ojerosa de mundo, con arrugas de almizcle.

*Hay rostros sin más ornamento
que los colores naturales
del miedo, la vergüenza
o la pulcritud que se afirma
cuando el jabón,
y sus manos de espuma perfumada,
convierte en sinónimos
la verdad y la belleza.*

**Hay pequeñas camas doradas a la espera del chillido
del bebé terrateniente que heredará
trozos de mar, tajadas de cielo...**

*Y hay construidas con ramas de pino,
arce, roble,
conjuntadas hasta hacer
la cuna, el segundo regazo
del niño humilde, del pronombre recién nacido
que, sin otra propiedad que la existencia,
vivirá los cuidados maternales
del oxígeno.*

V

**¿El vientre de la madre de Empédocles
fue el pesebre minúsculo
de un niño dios?
¿Se agrietó un día el éter
y algo anunció en las nubes
el advenimiento del numen de Agrigento?
¿El cielo alado
dejó caer en la tierra virginal
la anunciación?
Alguien dijo que sí. Que lo sabía.
Que todos lo sabían...
Pausanias, su discípulo amado,
su báculo floreciente,
su diario íntimo,
su feligrés en pie de guerra,
dijo que sí.**

Empédocles niño
era un muchacho común y corriente
que, en cuanto despertaba,
corría en pos de las mariposas de sus sueños
y de las libélulas que clavaban sus miradas
en diversos puntos.
Se sentía el sículo más feliz de la isla
cuando pasaba el brochazo blanco
de la leche de cabra
por todos sus entresijos.
Cuando se ganaba la confianza de los perros,
las ardillas,
los loros eruditos y su disco rayado
y los potros del ganado caballar
de su familia,
guardados en su vieja caballeriza
de torbellinos amaestrados,
a los cuales domesticaba, disciplinado,
como a su propio instinto,
su talante filosófico,
su desafiante entraña,
sus deseos fatuos.
En esa edad, en que sólo escalaba
volcanes diminutos,
no le había pasado por la mente
organizar un taller artesanal
para forjar milagros,
interrumpir las leyes naturales
con gesto autoritario
o crear un incendio con el chispazo
de su tronar de dedos.
Era un niño común
que dejaba al cielo en su lugar
y no le buscaba los pies de barro
a las palabras mayores.
Hablaban con la gente,
sabía de su penuria, sus sueños,
su alegría,
su ingenuidad de agua de cántaro,
sus manos, más vacías
que el cofre de tesoro recién saqueado,
y daba gracias a los dioses
por cada una de las sonrisas
con que se tropezaba en sus peregrinajes
o por el palomar de palmadas
que de pronto aleteaba en sus hombros.
Le avergonzaban las pertenencias
de la familia:
la exposición de manjares atados,
en sus bodegas,
por los cordeles de sus propios aromas
formando una galería de perfumes
que recorría, vacilante, el apetito
o la cava que tenía embotellado
el desbordante júbilo
de las vendimias.

Veía como grilletes,
como cárceles,
como pesadísimos harapos,
todas las magnificencias
de su patrimonio.
Hizo de la desnudez la primera palabra
de su credo.
Sacrificó entonces su fortuna.
La echó por la ventana y la dejó a la intemperie,
a la mano de todos los mendigos.
Se deshizo de todo, salvo de su pelliza,
su bolsa de viaje –con un poco de tierra de Agrigento-
su báculo –floreciente de posibles derroteros-
y su curvo deambular por el planeta.

VI

No sólo amaba a su pueblo
(a los siracusanos
que tras de romperse el alma en el trabajo
pernoctaban en su propia fatiga
o a los agrigentinos
que conservaban los ojos de inocencia con que nacieron
hasta la tumba)
sino que se sentía llamado a luchar,
a brazo partido,
a puñadas de corazón,
por la felicidad de todos los griegos.

Recorre entonces Sicilia
de un extremo a otro. Atraviesa los cientos de kilómetros
donde no tiene voz ni voto
la arrogancia salada que golpea
sus fronteras.
Salva la mar, con sandalias de barco,
pies alados

e ingrvıda pasi3n por lo desconocido,
pasa a la Magna Grecia,
donde incuba su capullo de pueblo
la vieja Italia,
se traslada a Crotona,
sabe de Pitágoras y conoce a Filolao.
El hormiguero de números
se le sube a las manos.
La escuela pitag3rica
lo presenta formalmente con el infinito,
le muestra c3mo la línea,
vista con lente de aumento,
se disgrega en una infinidad de puntos
donde se encaraman los guarismos
que, arrastrados por los alazanes del etc3tera,
forman el convoy que se va hacia los horizontes
a perseguir al todo.
Emp3docles sabe tambi3n del teorema
que habla de que el cuadrado de las neuronas
equivale a la suma del cuadrado de la materia gris,
no le es ajeno el *tetractis* (la apoteosis del cuatro),
las nueve cuerdas de la lira
y la música de las esferas
que s3lo disfrutaban los dioses
-con sus tmpanos elevados a la infinita potencia-
o los que, como él,
gozan de un oído que es capaz de escuchar
el suspiro de una abeja
o el resoplar de una hormiga.
Llega a tierras peloponesas,
se asoma a Lacedemonia,
lee en la Asamblea de Olimpia
sus *Purificaciones*,
no puede ocultar la poesía
que le recorre por las venas
y va, finalmente, a la tierra de Pericles,
Anaxágoras, S3focles, Policleto.
A la Atenas
que se halla contando
las talegas doradas
de su siglo.

VII

Afilaba sus palabras en las piedras.
Saliva sagrada llevaba escondida en los intersticios
de sus letras;
patriarca del bien decir,
producía con su cítara
armónicos que guardaba después
en pequeñas cajas de música.
Dueño y señor de frases tan aéreas
que sentían las alas como lastre,
y de cuerdas bocales
que, como arcos, disparaban
las flechas de la elocuencia,
fue el iniciador,
el padre
o el partero –ese gestor de padres y de madres-
de la oratoria helénica.

Ya en Agrigento tenía un criadero de vocablos
y un invernadero de adjetivos.
Había descubierto que la palabra bien dicha,
sin las disonancias del tartamudeo,
era su propia paloma mensajera.
Tenía, quién lo duda, problemas con la retórica
y su andarse por las ramas
inventando frutos.
Rechazaba los epítetos que cuelgan en los sujetos
el inútil armatoste
del predicado redundante
o de la identidad menesterosa
con que lo obvio hace acto de presencia.
Prohibía en la oratoria el retruécano
que habla no sólo de los delirios de la lengua
sino de las lenguas del delirio.
Pero le gustaba la anáfora.
Le gustaba.
Le gustaba porque era el barandal
de donde se tomaban sus manos
cuando temblaba su cuerpo emocionado
al estallar la elocuencia.
Y no se diga las metáforas
que daban con los pájaros de oro
en los puntos más oscuros de las luciérnagas
o con la mirada concentrada y pura
en el lento parpadeo de las ostras.

Sus discípulos sicilianos Corax, Tisias
y, desde luego, Gorgias de Leontini
(el sofista que produjo
una de las mayores jaquecas
que ha sufrido la historia de la filosofía),

heredaron su palabra,
los rugidos de su sueño,
los ademanes hiperbólicos del que,
con temeridad metafísica,
pareciera rendir un informe puntual
de las maravillas de ultratumba.

VIII

Antes del siciliano,
los pensadores de la península jónica
-de la Hélade amurallada en Medio Oriente-
o de las islas con que Grecia, despedazada,
salpicaba el mar Egeo,
se preguntaban por el origen, la matriz
de todo lo existente,
el primer lote minúsculo habitado por el ser,
los ladrillos infinitesimales de los astros gigantes
y de las minucias todas,
por todo lo que, ante el revoloteo
de la mirada iridiscente y sus alas de mariposa,
se esconde detrás de la apariencia,
allá en los andurriales de lo verdadero.
Salieron a la caza o a la pesca
-las sienes en las manos-
de la materia prima que nos constituye,
no, claro, de las letras
de nuestro nombre y apellido,
o de los gestos y ademanes

con los que toma la palabra
nuestra diferencia con los demás,
sino de las raíces o semillas o corpúsculos
en los que se encarama la identidad
de lo infinitamente único y variado.
Y cada quien,
con una *doxa* con ansias de *episteme*,
improvisó su respuesta:
el agua es tal principio –dijo el uno.
¿El agua? ¿Por qué el agua? –preguntó
otro de aquellos sabios. Más bien
el aire es la semilla que florece en cada objeto
-sentenció con firmeza.
No es el agua ni el aire
-un tercero arguyó. El soporte de todo
es “el fuego eternamente vivo”,
la moneda flamígera que sirve
para los intercambios
de una cosa por otra,
muriendo y renaciendo en el prodigio
que reliza, volando, el ave fénix.

LASCUATRO RAICES

I

Agua

El mar hace un regalo
de perlas instantáneas
al calor pordiosero de la costa,
envuelto en el mejor
papel para envoltorio: lo gratuito.
Y si el paisaje dícenos: “Sicilia”,
tierra anclada a mitad
del mar a a la deriva,
es sólo un episodio entre capítulos
y capítulos de agua.

El agua, vuelta lago, desaprueba
todo el desdén salobre que abrigara
por la sed. El sediento
no tarda en descubrir que el agua dulce
es un poco de mar arrepentido.

Sin ser agua con alas, como el agua
que el espejismo pone ante los ojos,
se vuelve, con el charco, abreviatura,
apócope de lago,
para que chapotee
la pequeñez más franca solamente.

Cuando en la cantimplora
de la hoja del árbol se acumula
la gota de rocío,
y sólo se halla a un agua tan minúscula
de triunfar el desierto,
la humedad es tan pobre
que no puede contar con más tesoro
que ese anémico aljófara que diluvia
inundando el hogar de una minucia.

Agua, por encontrarte en todo sitio,
por vivirte en el mar, en la laguna,
en el charco y la gota de rocío,
un hombre, allá en Mileto,
quiso anclar en tu magia todo el cosmos.
Pensó que caminar era escurrirse.
Que llorar era muestra inconfundible
-lejanos descendientes
como somos del mar-
de nuestra herencia acuática,
como lo testifican
esos genes salados de la sangre,
el sudor y las lágrimas.
Sintió que junto al mar, era su angustia
la caña y el anzuelo que le hacían
pescar el estar hecho un mar de lágrimas.
Y si advenía la paz, era resaca,
sentimiento en reversa, los primeros
silencios que regalan las sirenas.
El agua poseía, para Tales,
manías de absoluto
y el don de ubicuidad. Se imaginaba
que el espacio y el tiempo estaban hechos
de material acuático.
Las cosas se movían en el mundo
y también en sí mismas como peces
en el agua. Lo líquido, lo húmedo
era la voz cantante en el concierto
de los objetos todos.
Tales, el miletano,
en verdad inventó el agua bendita.
Y celebró su hallazgo con los ojos
anegados de pájaros sedientos.

II Aire

Cuando en el pecho se anuncia un huracán,
la amenaza desenreda
el hilado del suspiro
-anudado en la garganta-
que suma su miniatura
a la atmósfera en que sueltan los fantasmas
sus aullidos polifónicos.

Con sus frías mariposas en parvada
la brisa golpea el rostro,
se lleva algunas facciones
y corre a cielo traviesa
llevando sobre sus hombros
pedazos secos de mar.

Al estallar la tormenta,
las palmeras se retuercen
igual que danzantes dioses
-teniendo a la obscenidad
como maestro de baile- concertadas

por música que se toca
con instrumentos de viento
y atabales infinitos que aporrea el horizonte.
El vendaval, con sus alas
de pájaro sin fronteras, ve al pelicano
que, perdido, se refugia entre las palmas
con todo el mar en sus plumas,
al igual que, de común, él ve a los peces
que nadan, ensimismados e ignorantes,
del inminente derrumbe de un feroz
pedazo del firmamento.

La vida y la muerte son para Anaxímenes
algo que siempre se encuentra
asociado con el aire y los pulmones.
El viento es en veces muerte,
como aquel soplo cardíaco que una boca
envía sobre la llama.
Si el aire, puesto ante el fuego, se violenta
y se arroja hacia su víctima,
la llamarada contrae
incurable enfermedad: la producida
por el postrero segundo, desahuciado,
que al enfermo se presenta.
Y al advenir el final y desatársele
un fugaz alma blanca
a los leños que se queman,
el llanto quiere apagar, mas desde afuera,
los rescoldos de la flama.

El viento es en veces vida,
como en el niño que accede a la parcela
de atmósfera que le toca
y se pone a paladear y paladear
el inédito sabor de la existencia...
¡Oh pulmones, oh velamen
donde soplan el destino,
lo inefable, lo casual
-divinidades que gusta de esculpir
asombrosas coincidencias-
o la brújula moral del libre arbitrio!

III Fuego

**Nuestra prometea
mirada nos baja
el fuego a los hombres,
cuando el sol, sentado
a orillas del lecho,
nos habla en luz alta.**

**¿Qué formó el incendio?
¿Megalomanía
de una chispa acaso?
¿Nació del frotarse
las manos dos leños
que estaban buscando
escapar del frío?
¿Cómo se ha gestado
la furia hidrofóbica,
espumosa de humo,
de la llamarada?
¿El bosque incendiado
no supo trazarse
una imprescindible**

**línea fronteriza
entre él y el crepúsculo?**

**Por más que los fósforos
murmuren sus luces;
por más que nos hablen
tan sólo en voz baja,
encarnan embriones
o aladas semillas
de todo un incendio.
No es verdad que el fósforo
le guste quedarse
solo, solo y su humo,
¿Sociabilidad?
¿Seducción a todo
lo que halla a su paso?
El fuego más bien
es una epidemia
que no pocas veces
el mundo contrae:
la paja, la choza
y el papel lo aguardan
abriendo los brazos
de cosa inflamable.**

**El fuego, inquilino
que habita las casas
hasta consumirlas,
de vivir en ellas
tan intensamente,
salta hacia el siniestro
desde algunas brasas
que ayer conspiraban
o la veladora
donde está una flor
bailando su insomnio.
Y toma el poder
tras de amordazar
con su fuerza al viento
que, inválido, llega
a apoyar tan sólo
la mano en el hombro
del fuego que tiende,
cansado, a dormirse.**

**Haciéndose lenguas
del triunfo obtenido
sobre la penumbra,
la hoguera, que encienden
las manos del frío,
agranda su fruto
que se halla injertado
con ramas de viento.
Al centro del grupo
de leños que yerguen
tal choza minúscula,**

donde lo inflamable
halla su vivienda,
da un fósforo el grito
de “fuego” y obliga
a escaparse al humo.

Heráclito de Éfeso
-para el que el camino
con prisas de polvo,
desganos de piedra,
era otro viandante-
miró en toda cosa
posturas distintas
que asumen las llamas
(por eso el vapor
es una humareda
que el agua despide,
o el hielo nos quema
cuando lo tocamos),
y al volver los ojos
a una zoología
de fuego fantástica
descubrió chispiérnagas,
llamarios, luzigres.
Y pensó que el alma
no era sino el nido
de un pájaro en llamas,
su olvido un nostálgico
puño de cenizas
y el sueño en el pecho
de ascender cual Ícaro
una introspectiva
hazaña de cera.

IV Tierra

En tanto la lupa
arroja a las cosas minúsculas
un haz de milímetros
para su sustento,
la pluma le grita “al fin tierra”
al grano de polvo que tiene
el ojo enfocado.

La tierra hecha lodo
que sabe decirle
a cada simiente que es árbol,
rosal, hierba o césped,
se orgulla en la espiga,
y hace que los tallos,
germinando, crezcan

con el que ellos salen
a buscar sus flores.
Ventre de las plantas, extensa
sexualidad, madre
que cuida de todos sus frutos
hasta que ellos den,
con sus errabundos sabores,
los primeros pasos.

La tierra que asume la forma
de abismo, recibe
grandes bocanadas
de atmósfera y deja
que a su margen se halle
respirando el vértigo,
la flor angustiada que crece
cabe el precipicio...
Los altos volcanes, que intentan
acercarse al sol, necesitan
cubrirse de hielo las cúspides,
congelar su impulso
de cumbre, de sueño
desproporcionado.

Aquí, los pantanos anfibios,
tierras movedizas
donde la inquietud
siembra sus simientes,
y adornan su cuerpo
las flores que, a ras de la tierra,
echan alaridos
de color, pidiendo
a la mano ayuda.
Allá, los desiertos
que son una playa
que ha fagocitado
no sé cuántos mares
o donde, insoladas, las olas
fueron a su propio
nafragio impelidas.
Algunos se piensan
tan hechos de barro que temen
mancharle a su amada la piel
con cada caricia.
Mas nada es más puro que el vaso
de barro, la loza
que contagia al líquido
del sabor que encarna
la propia frescura.

Después de advertir que la tierra
se halla en todas partes,
lo mismo en el grano de polvo
que carga la mies de un milímetro,
que en los continentes
-las bestias prehistóricas

que están chapoteando en los mares-
y que hasta este cuerpo que somos
es el polvo nuestro
de todos los días,
algunos filósofos
griegos (y también
egipcios e indios)
vieron en la tierra
la matriz de todo lo vivo,
la madre del ser y de todo
ente legañoso,
tristón, ahuecado,
la mano invisible que carga
todo lo que existe,
la materia prima preñada
por su propio soplo
de fuerza creativa.
Se dijeron: todo
lo que es es de tierra.
Ni el agua, ni el aire, ni el fuego
pueden competir con la tierra
que es el material,
ladrillo y esencia,
de todo lo habido...
Según los filósofos
de Persia y de la India
el cielo le dice a la tierra
las más seductoras palabras
de semen, la tierra se mueve,
se mueve y conmueve,
siendo toda ovarios,
para oír tal cántico,
mientras saborea
los trozos de cielo
chorreantes de lluvia
que están por doquier penetrándola.
Pero todo el éter
también es de tierra,
de polvo finísimo, aéreo,
que se junta a veces y forma
el sol y la luna, los astros
y ese jeroflífico
que el zodiaco cuelga de lo alto,
como un mapamundi
que muestra los rostros
que tendrá el futuro;
en una palabra
todo lo de arriba
que en forma de lluvia se viene
amorosamente
hacia lo de abajo,
fecundando al óvulo
de la madre tierra,
tras de derrotar
todos los escrúpulos
de la tierra virgen,

**con jadeos cósmicos
y orgasmos de lodo.**

**V
Flauta**

**Empédocles amó no sólo la poesía
(sangre de musas
corría por sus venas),
no sólo tenía en su organismo
la inspiración,
como uno más de sus órganos internos,
también amó la música:
los pitagóricos habíanle enseñado
a tañer la cítara,
a decirse en el arpa,
a tener en la lira
(que el de Samos creó
para dotar de voz a los números)
un nido de amaestrados jilgueros.
Y a tocar la flauta
con la maestría
de cualquier viento enamorado.**

VI

Los cuatro elementos

Frente a la flauta
de barro que alguien
perdió en el césped
(y que, entre flores, se marchitara
con su silencio,
sin que el alpiste del soplo nadie
lanzara en ella con el deseo
de revivirla),
el de Sicilia
miró en el barro
cómo se asocian los elementos:
tierra más agua nos dicen lodo
que, con el fuego, tórnase arcilla
que se hace flauta,
tramo de notas por donde el aire se enseñorea,
tubo de ensayo
donde, en la química
del sentimiento, se borda música
lo que antes era
ruido inorgánico.

El agua y la tierra
dan a luz el lodo:
los dos elementos no son, en el cieno,
tan sólo un abrazo,
sino el infinito
beso, la santísima

dualidad del coito.
Después esa tierra
húndese en las llamas
del horno –las pilas
del fuego bendito-
hasta que, cocida,
ya flauta, de vela
su barro melómano
y suelta al espacio,
en volandas, aire
musical que enhebra
suspiros de musa.

VII

Sabiéndolos las piedras maternas
de toda la maleza de cosas y de bestias,
Empédocles les dio a los elementos
el nombre de *rizómata*:
el *agua* es la raíz
no sólo del oceano
(donde toda quietud termina ahogada);
también del mar de lágrimas,
sin playas de enteraza,
que brota ante esas muertes y su impactp
de silencios mayores.

El *fuego* es la raíz de no sé cuántas
octavas de fulgor
que van de la luciérnaga al incendio;
también lo es de la cólera azul negra

con que carga su pluma
el poeta violento y energúmeno
que llama a alzar el puño
para tocar las puertas subversivas.

El *aire* no es tan sólo la raigambre
del huracán que estalla en la arboleda
el carnaval nervioso de lo verde,
también lo es de la danza
bilingüe que traduce a las pupilas
el idioma vibrátil del oído.

La *tierra* es la raíz de las raíces,
abuela del perfume que le sirve
de atmósfera a las flores.
Y lo es también del polvo
que somos y al que vamos, polvareda
que corre del albor hasta el ocaso
confundiendo camino y caminante
como el reloj de arena que termina
enterrado en sí mismo.

Cuando el cirio vital chisporrotee
sus pensamientos últimos y muera,
cuando sienta el pulmón
que sus últimas ráfagas de oxígeno
se le han atragantado,
cuando la muerte ponga en nuestra boca
el sabor infinito del silencio,
y hasta la tierra abraza el polvo humano
como la madre pródiga
por el hijo esperada,
habrán de desglosarse las *raíces*,
las piedras angulares de un castillo
ganado en realidad por sus fantasmas.

El de Agrigento dice:
somos trozos del mundo,
sucesos de razón que aunque vislumbran
desde la petulancia de una torre
hecha con silogismos, cal, deseo,
el mundo de animales,
no pueden ocultar los reiterados
aullidos del instinto.
Somos esas criaturas
que nacen agarradas a dos manos,
desesperadamente,
de la palabra ser, tras el proceso
con que el azar, maestro de la alquimia,
combinó las rizómata
e hizo que germinara la persona.
Somos también los vástagos surgidos
después de que en un lecho
o cualquier escondrijo lujurioso
un hombre, una mujer y una libido

convirtieron en círculo vicioso
el efímero triángulo en que andaban.
Somos, tristes, los árboles
que surgen de la orgía
que, en el vientre materno,
tuvieron una noche
las raíces primarias que nos hacen
como a todas las cosas.

AMOR Y ODIO

I

Cómo explicarlo todo –se decía-
a partir del agua
o del aire
o del fuego
o de la tierra,

cuando entre cada uno de estos elementos
y todo lo demás,
se enseñorea la diferencia,
el contraste que se enamora no de la identidad
sino de la exclusión,
no del amoroso probable sino del desdeñoso imposible.
Mejor echar mano de los cuatro elementos,
de la cuádruple raíz de la razón suficiente
que, de modo plural,
en humilde respeto de la infinitud,
nos explica todo lo que existe.

II

Cuando dos amantes de verdad se introducen en el lecho,
se mete con ellos el verbo amar,
que es un verbo en infinitivo,

vale decir, un verbo que se aleja deliberadamente
de las conjugaciones
para evitar las posturas eróticas
que le hace tomar el tiempo.
El amor, así, no se convierte en pretérito
como un recuerdo prendido con alfileres
en la memoria,
ni mucho menos en pretérito perfecto
donde hay hasta un holocausto de huellas,
una transfusión de sangre del olvido al recuerdo
y una lápida rumiando un epitafio.
No se transmuta tampoco en aquella nigromancia
que en las entrañas del presente lee,
escudriña,
prevé,
el futuro nonato,
ni mucho menos en un apresuramiento
en que la voluntad se descarrila y da de bruces
en algún suburbio de lo indeseable
o en un porvenir contagiado
por el bien incurable
del descanso.

III

Amar es quitar amarras al pegaso.
Es deshacerse en lágrimas
después de que la felicidad
se mete de golpe a los dominios expresivos
de la tristeza
y produce un cambio en el sabor del llanto.
Uno piensa entonces
que si los humanos tuviéramos

**no al mar sino a la tierra
en nuestro árbol genealógico
nuestras lágrimas serían dulces
y no saladas...
Uno pensaría.
Mas son dulces a veces
porque amar
es tocar a cuatro manos la cadencia
de los cuerpos en jadeo.
Amar es quitar amarras al pegaso.**

IV

**Se dice que amar es recorrer un desierto
sobre el camello de un espejismo.
O también que es un tatuarse una quimera
en el pecho.
Falso.
Amar es dar brochazos y brochazos de pintura azul
en la atmósfera
y es descubrir un aleteo de palomas mensajeras
en el parpadeo de los ojos
de la que, de manera efímera o permanente,
ocupa el hueco de la amada.**

**Empédocles pensó que el Amor
juntaba lo desunido,
amalgamaba lo diferente,
armaba rompecabezas por doquier
y, teniendo en el deseo
su más preciada herramienta de trabajo,
sabía persuadir a las fronteras
a que renunciaran
al sectarismo de la individuación.
Así como Eolo, persiguiendo con sus ladridos
a los barcos de vela,
acerca los continentes, y echa el mar por la borda,
el Amor, soplando sobre los cuatro elementos,
sobre las raíces,
hace, en distintas mezclas,
el inventario de todo lo que existe:
los géneros, las especies y el único y su propiedad.
El huevo, por ejemplo,**

es producto de una receta
en las manos de lo natural.
Si se mezcla determinada cantidad de tierra
con un poco de agua,
se la revuelve durante x tiempo,
se la deja al sol
y se le sopla para enfriarla
resulta un huevo;
un huevo que es anterior a la gallina
porque fue dado a luz, empollado y publicitado
por una combinación sui generis de los elementos
primarios del universo mundo.
El camello es lo que es
-esa infatigable cantimplora ambulante
que le niega al desierto su tamaño,
su trozo de geográfica desolación-
porque las rizómata
conjuntadas por un amor especial
hallaron en su alquimia,
en la química en su fase amorosa,
las jorobas, las patas, las narices
y las pestañas que se llenarán de arena
de ese héroe del desierto.

VI

La condensación y la evaporación,
de las que hablaba Anaxímenes el jónico,
y por medio de las cuales el aire
(esa materia prima dotada de alas)
es transmutada en piedras o en luceros,
o el pájaro, hecho a su vez con aire melodioso,
se convertía en rama o en gorjeo,
tiene que ver con el amor (o el desamor):
si las rizómata se condensan,
se aprietan,
se apretujan en un punto del universo,
hacen desaparecer sus límites
con el borrador del tacto.

VII

Hablar de los requiebros,
las seducciones,
las astucias del semen,
y de las de las timideces,
las promesas,
los flirteos
de los ovarios,
es hablar de la herencia,
de los chillidos que, desde su cuna,
fabrican la atmósfera
de un hogar.
Es hablar de una reproducción ampliada
de soñadores
o de una carrera de relevos
con el corazón por estafeta.

VIII

La mujer abre las piernas
para dar entrada a un hombre
-con jugosa bienvenida-
y las torna a cerrar
-en el abrir y cerrar de ojos
de nueve meses-
para dar salida a un niño,
al niño que, convertido de nuevo en hombre,
busca con inquietud,
con el hormigueo invisible de la excitación,
cómo dar con la entrada de emergencia
en los campos roturados
por la felicidad.

IX

Empédocles cayó en cuenta de que la libido
es el pan nuestro de todo tacto,
que la unión de lo dividido
fracturaba a los pronombres personales,
los descomponía en algún punto,
y ponía en un pequeño trozo de carne
el deseo insatisfecho y permanente
del oxígeno.

Ahí, en el Amor, estaba el secreto de la vida,
el demiurgo de la carroña metafísica
que es la criatura.

Ahí estaba la clave de sol
para entender el día,
la luna y las luciérnagas.

X

Gemelos en pie de guerra,
La Concordia ve a la Discordia
como su podrida media naranja
o el odio de su vida.
Eros y Eris tienen la unidad
como su eterno campo de batalla
o el lugar de cita
para su permanente duelo
a muerte y resurrección.

El Amor sopla por un lado
y el agua se pone clara
para permitir que el cielo
sea bebido por la corza,
el antílope, el hurón.
Las estrellas se acurrucan en su mejor brillo.
Las semillas están a un tronco de volverse flores.
El semen, el álgebra de la Concordia,
el polen de los cuerpos florecidos,
sabe que ha dejado a sus espaldas un orgasmo.

El Odio sopla por otro lado
y hace que se vengan al suelo
parvadas de pájaros ahogados por sus trinos.
Separa lo ayuntado,
da hachazos de espacio para escindir las cosas,
hace que los cuerpos se dividan
entre el aquí y el allá
como el caballo muerto y las alas inservibles
del pegaso dividido por la ausencia
de imaginación.
Extirpa del corazón sus latidos
hasta dejarlo
como el charco de sangre
en que lavó sus manos
un asesino.
Hace del nacimiento el segundo inicial
de la sala de espera del momento
en que el individuo muera asfixiado
por el no que le llena la boca.

Eros y Tánatos se pelean las cosas,
los animales, los humanos,
se los arrebatan,
se dan tarascadas entre sí para hacerse de ellos.
No hay reconciliación, no puede haberla,
porque las larvas que aman la carroña
no gustan de hincar el diente en la multitud de pececillos eróticos
que nadan en el semen,
o porque el Amor,
con sus manos escultóricas dadoras de vida,
une las cosas
y desde ellas se pone a soñar en la eternidad...

¿Reconciliación? Nunca,
porque el Amor se erige en centinela
angel custodio,
perro feroz
del más insignificante
estallido de deseo,
mientras el Odio no puede dejar de escuchar
y tararear con entusiasmo
el canto de sirena de la nada.

XI

Para “el Oscuro” de Éfeso el alma humana
estaba hecha de la misma sustancia de las estrellas.
Su titilar, decía, son sollozos de luz
de esas almas noctívagas.
Empédocles suponía que se hallaba constituida de sangre,
y que pensábamos con un corazón
que palpitaba silogismos.
Por eso había que combatir las ideas fijas
(que eran coágulos, o sangre ensimismada)
para no poner obstáculos a la libre corriente de vivencias.

Uno creía que era una chispa de estrella
o una astilla de Dios
en el cosmos del cuerpo;
el numen de Agrigento
que era una flor engendrada en la sangre
y que germinaba en la materia gris,
que no roja,

de nuestra víscera central.

**Para el primero, podíamos pensar en lo más alto
porque algo de él –un jeroflífico-
cargamos en nosotros:
para el segundo, porque lo humano
quiere ascender a lo sobrenatural
para curar la peor de nuestras enfermedades:
nuestros límites.**

XII

**Heráclito veía en la polemos,
en la guerra,
el principio fundamental,
el secreto dicho a voces por el chisporroteo del fuego
de la vida y de la historia..
El mismo fuego no era, para el pensador jónico,
sino una representación teatral de la conflagración**

eterna,
la lucha sin cuartel,
sin descanso,
sin arrepentimiento
de unas flamas contra otras,
como efimeras espadas y espadones
que se limitaban a durar
lo que duraba su tajo.

XIII

El efesio decía que Homero
-cronista insuperable de la contradicción dialéctica-
maldecía la máxima ley cuando hacía votos
porque la discordia desapareciera
de entre los hombres y los dioses.
Imponía silencio
Y daba la palabra al armisticio,
a la paz tartamuda de las treguas
o a las dagas asqueadas ya de sangre,
y escribía sus mejores hexámetros
en la página en blanco que blande la bandera
demandante de paz.

Para Empédocles la guerra
era el motor, oculto y evidente,

o el secreto dicho a voces,
de las metamorfosis y sus saltos de garrocha.
Pero no podía explicarlo todo.
Simplemente no podía.
Si sólo hubiera Discordia –decíase-
cómo entender que la jilguera
lleva amorosamente al pico de su cría
su alimento cotidiano y pedacitos de gorjeo...
Si no existiera la Concordia
la noche ahogaría en sus brazos al día,
el mal pasaría por las armas a su contrario,
las huestes del Tártaro
invadirían para siempre los Campos Eliseos.

No, la Discordia tiene que compartir el poder
con la Concordia:
es cierto que la sombra,
cuando ve cansada a la luz
-como cuando una luciérnaga se prepara
para dormir-
está dispuesta a lanzar su zarpazo negro
y poner a los pies de la noche
toda la ciudad de Agrigento.
Pero también es verdad que la luz,
cuando siente que la sombra se descuida,
la arroja a empellones de su sitio
y la obliga a esconderse debajo de los árboles.

XIV

La perfección,
puntillosa,
consciente de decir la última palabra
en todos lados,
no gusta de hospedarse,
encarnar,
o reencarnar
donde sea.
No gusta de hacerlo, pondré un caso,
en ninguna de las construcciones,
albergues o palacios
donde se requiere la edificación
de una pequeña choza en que se instale
una fe de erratas
destinada a corregir la menor cuarteadura,
el mármol raspado,
el color indeciso.

Pero tal vez le agrada hacerlo
en alguna de las figuras
de la juguetería fantástica
de la geometría.
Pero no donde sea.
Ni en un punto.
Ni en una línea.
Ni en una curva.
Ni siquiera en un círculo
-al que, sin embargo, la perfección
acude con frecuencia,
como espejo a la mano,
a preguntarle,
a sabiendas de la respuesta,
quién es la más bella
del reino-...

Pero es muy posible
que se halle a sus anchas
en una circunferencia
donde nada está fuera de su sitio
y que, a lo que se dice,
fue el juguete amado
-junto con el seno de su madre-
con que mataba el tiempo
Zeus niño.

Por eso Empédocles
-que ejercía sus dones telepáticos
con Parménides y Zenón-
pensaba que todo viene de una esfera,
se entretiene en el aquí y en el ahora
de unos puntos suspensivos,
y tiende a desembocar otra vez
en una esfera.

Pensaba que la perfección,
el orden primigenio,
la cachonda relación entre los entes,
fue destruido a manotazos
por el Odio.
Opinaba, asimismo,
que hoy por hoy,
en lo actual,
que está siempre prendido de alfileres,
vivimos ante todo
bajo el signo
de la Discordia,
donde todo se entrega
a luchar entre sí
con singular alegría
y plural pesadumbre.
No sólo están en guerra
las cosas, los hombres y las tesis y antítesis
de cualquier controversia cotidiana,
también lo están los dioses
que no pueden ocultar de común

las manchas de sangre divina
que se asientan en sus manos
y se incorporan a cada uno
de sus ademanes.
La imagen que el agrigentino
se hacía del cosmos
-con la tierra en el centro
y un circuito de soles y de estrellas
como periferia en llamas-
era sólo un recuerdo,
una caricatura,
un simulacro
de la esfera inicial,
y un avance,
un sueño,
un futuro ganado por el día
de la esfera final.

XV

Todo cambia, menos las raíces.
Pedazuelos de eternidad, en ellas
el tiempo es arrojado por la borda
y el pulso nunca deja de cantar
su partitura.
Si todo cambia, menos las raíces,
si los cuatro elementos
nunca serán llevados
al cadalso de su propia agonía,
el río de Heráclito
-donde millares de herreros armoniosos
transforman los verbos en gerundios-
se halla plagado, allá en su fondo,
de peces intemporales provenientes
del acuario de Parménides.
Si Heráclito y Cratilo
dan a luz en un camposanto su filosofía,
Parménides y Meliso aseguran
que la cuna y el ataúd son sólo dos artefactos

exhibidos en el museo de lo imposible.

XVI

Por ignorar la muerte,
por tutearse con la misma eternidad,
las rizómata fueron identificadas
por el numen de Agrigento con los dioses,
y su misma inquisición filosófica
quedó convertida en un capítulo
de la mitología.
Zeus brillante era el fuego,
Hera, la tierra,
Hades, el éter
Y Nestis, el agua.
¿Pero qué significa esta apoteosis de los sótanos
o esta divinización de las raíces?
Eran, claro, concesiones al bien decir,
al deseo de presentar
con el culterano ropaje de la oratoria
los secretos del cosmos,
que al fin rompían el cascarón de su escondite

y se ponían a piar a todo pulmón
la verdad de las cosas.
O eran quizás concesiones
a la religión oficial con su idea
de una casta de divinidades
bajo el mando del invisible,
poderoso,
inexorable
dios de dioses del destino.

Empédocles,
que conoció el orfismo
y supo de la metempsicosis
y su transmigración de deseos,
no podía creer en esas grotescas criaturas
de la imaginación
utilizadas por el Estado.
De acuerdo con Jenófanes, pensaba
que los dioses no eran otra cosa
que manufacturas nuestras, invenciones
a millones de voces
hechas a imagen y semejanza
de los humanos perfiles
reflejados en los espejos
del anhelo.

También hablaba en ocasiones
de que las mismas deidades
eran producto de las raíces,
en algo así como una mezcla apoteótica
de ellas,
o como resultado de la receta
sublime,
única,
sabida de memoria por el Amor.
Hablar de los dioses
como la maleza arbórea,
originada en las rizómata,
que fue creciendo hasta ocupar todo el cielo,
era un decir plagado también de concesiones.
Y es que Empédocles ,
al tomarle el pulso a los árboles
o al aguzar su oído ante los silencios mayores,
oía palpar en todas partes
el sagrado corazón de la materia.

XVII

Se sabe que, con excepción del corazón,
la parte siempre es menor que el todo,
como un suspiro que bate las alas en el viento;
que, con excepción del colibrí,
no se puede estar en dos partes al mismo tiempo,
y que, con excepción del coito,
las paralelas jamás se juntan
en alguna estación terminal del horizonte.
Pero el andrógino era la negación de los contrarios,
derrame cerebral de la lógica,
piedra con la que da de bruces la dialéctica
y queda paralítica.
No era, no, la falsa unidad del beso
–con murmullos y promesas de saliva
a favor de la unidad.
No. Era simplemente un andrógino.
Una unidad total, inconsútil,
sin la resquebrajadura del deseo.
Materia prima
para ser victimada por el Odio.

El hermafrodita –hijo de Hermes y Afrodita-
no sabía nada de los besos.
Nunca, a decir verdad, había escuchado
los rumores, que a veces se oyen en los jardines,
nacidos de esos puntos turbulentos del espacio
ganados por la libido.
No había oído hablar de nada semejante.
Sí había visto al unicornio
aproximar su boca a la de otro unicornio
que emergía, esculpido por la sed,
en la corriente de agua,
pero tal no se llamaba beso.
Sí había visto cómo el pico de una madre pájara
ponía unos gránulos de cielo
en el pico color de rosa de sus crías.
Pero eso tenía otro nombre.
La piel ajena nunca le había robado el sueño,
ni nunca había creído ver en el insomnio
-como los enamorados en pie de angustia-
un ansia,
un ponerse las sandalias,
un salir presuroso sin importar la hora
para ir en pos de la carne
envuelta en el ropaje indomeñable
del desdén.
Eso, nunca.

Ahí, en sus litorales,
el deseo brillaba por su ausencia:
el estómago no miraba de reojo los riñones,
el páncreas los intestinos,
ni tampoco el corazón
cualquiera de los otros
órganos internos.
Para este ser, el orgasmo
era el único episodio inverosímil
de las leyendas.
Su unidad
-custodiada por una epidermis
que dejaba el infinito
fuera de ella-
era total,
redonda como el solo de una lágrima,
sin un poro
-por el que pudiera escapar
un suspiro.

¿Que una de sus manos podía hacer el amor
con la otra?
¿Qué él era un narciso realizado
sin la intermediación
del agua parmenídea del espejo?
¿Qué sus ojos solían darse cita
en el punto del espacio en que coincide
su mirada?
No hay tal.

La manzana de su círculo perfecto
no podía ser devorada
por el gusano
de la Discordia.

XVIII

Zeus, a la vez Discordia y fuego,
sacó a codazos a las nubes compungidas
y curiosas,
se colocó en su lugar, blandió sus rayos,
los empapó en la ponzoña de la buena puntería
y los arrojó, ay,
sobre todos los andróginos
que merodeaban
por aquí y por allá en el mundo primigenio,
como criaturas satisfechas,
dichosas,
redondas casi,
hechas bajo el modelo del círculo vicioso.

El Odio, pues, creó los sexos.
Desgarró la unidad hermafrodita
y le dio a la diferencia la palabra.
Colocó la antítesis
en moldes contrapuestos de carne solitaria
y voluptuosa.

Ay los hermafroditas.
Las tetillas del hombre,

el clítoris y sus erecciones subterráneas,
la masturbación autogestiva,
Narciso chapoteando perversiones,
son polvos de aquellos lodos.

Ay los hermafroditas.
La Discordia dio a luz lo diverso,
pero no la indiferencia
o la frialdad:
la escisión de los andróginos
no fue como si se resquebrajara
el universo mundo
y quedara de un lado el polo norte
y del otro el polo sur.
No. Tras el despojo,
cada sexo extraña al otro.
La gestación de los géneros
fue la creación de carne
nostálgica,
de tacto nómada.
de deseo inflamable.

Ay los hermafroditas.
Divididos, se buscan
en todos los rincones de la casualidad
o a la vuelta de la esquina
de la sorpresa.

XIX

El estagirita reprochó a Empédocles
que, en sus escritos, la Amistad
-normalmente encargada
de enterrarle puñales al espacio
que divide los cuerpos-
es a veces la causa de la separación...
y la Discordia –generalmente dedicada
a servir de sepulturero que hecha polvo antiguo
al polvo que se inicia-
es en otras ocasiones la causa de la unión.
Y algo tiene de cierto este juicio
del hombre que cargaba en su corteza cerebral
el más perfecto inverdadero de silogismos
de la filosofía perenne.

Pensemos en Helena de Troya.
Por una vez la idea platónica de lo bello
no salió victoriosa en los juegos florales
del espíritu, cuando entró en competencia
con esta mujer.
Espejo de Afrodita,
escultura dada a luz

por no se sabe qué manos perfectas,
cuerpo que, desnudo,
sin la retórica de traje
y sin la verde reticencia de la hoja de parra,
habla de una de las reencarnaciones
de lo sublime.
Y si es verdad que ella
llenó el cuerpo de Paris
con los blancos brochazos de su entrega,
su acto,
su intercambiarse líneas fronterizas
bajo los aleteos de las sábanas oscuras
de la libido,
separó a los aqueos de los troyanos
e hizo que Ares
quitara fundas y pusiera filos en todas las espadas,
y soltara las riendas
de los caballos,
de las temeridades
y de la sangre.

Pensemos ahora en el gigante Anteo.
Malhumorado y belicoso,
llegaba con mayor prontitud
a las manos que al cerebro.
Azuzado por la Discordia,
no se contentaba con el gruñir
de sus músculos
o los secretes de su bilis
con su sangre,
sino que,
por “quítame de ahí esas pajas”
y “pon en su lugar este pretexto”,
se lanzaba a propinar puñetazos,
mordidas y patadas.
Pero se dejaba llevar por la ira
y por un hígado de pocos amigos,
no porque sus músculos
hubieran recibido buena instrucción militar,
que su fuerza física
estuviera a la altura de su enojo
o que una estrategia innata
le injertase neuronas a sus puños.
El secreto de su valentía
-o más bien temeridad, porque llevaba
amordazado el riesgo-
residía en que,
cuando su contrincante
-como era lo común- lo derrotaba
arrojándolo al piso,
para hacerlo morder la lona
de su propio fracaso,
la tierra, su madre,
le pasaba, amorosa, de nuevo la energía,
la sangre turbulenta, el vigor resurrecto,
y él, al ponerse de pie,

otra vez se encontraba en pie de guerra,
pasándole revista a sus enojos,
felicitando a sus puños
y sabiendo que el camino hacia el Amor
es la Discordia.

XX

Las voces de mando
que ordenan hacer o deshacer
las cosas, los animales o los hombres,
no brotan para Empédocles del fatum
que tiene ideas fijas, palabras congeladas,
decisiones inexorables
en que el dar marcha atrás,
el mirar-hacia-la-espalda del arrepentimiento
o el meterle reversa al devenir
es el primer mandamiento
del decálogo de lo imposible.

No brotan tampoco de una mente superior
que lo mismo haría el rompecabezas del crepúsculo,
el diseño detallista de la célula
o el programa para que exista el mar,
que la férrea dictadura de leyes
que son leyes en el cosmos
y espirituales ocurrencias
en la materia azul que constituye
el cerebro divino.

El principio príncipe,
el principio al que obedecían, en sus avatares,

las raíces, el Amor y el Odio,
era lo fortuito,
lo contingente,
lo que si bien existía
--y el dedo índice del diccionario
señalaba su ser ahí-
podría no ser,
o ser de otra manera,
como una más de las reencarnaciones de lo imprevisto.
Era lo inesperado,
el de repente en algún lugar del universo,
lo casual que le guiña el ojo a lo mágico
y flirtea descaradamente con el caos.

Por eso,
por esa dictadura de lo casual,
hay separaciones y fusiones injustas
o estrafalarias,
como jaladas de los cabellos
de una imaginación enloquecida,
porque el azar
-no la finalidad: no el nous de Anaxágoras
o el telos de Platón o de Aristóteles-
es el que lleva en una mano las riendas
de la cuadriga de raíces
y en la otra el servil diunvirato
de la Concordia y la Discordia.

LOS MONSTRUOS Y EL AZAR

I

El azar hizo en tiempos inmemoriales
cabezas sin tronco,
movidas por multitud de patas
que se hallaban en la entrada del cuello inexistente.
Cabezas-cienpiés,
carecían de pensamientos altos.
Eran cabezas emparentadas con las piedras,
los gusanos, el lodo,
y hasta con las serpientes
que viven arrastrándose,
haciendo perpetuas mediciones del terreno.
Ignoraban el modo de escaparse
de la ley de gravedad.
No sabían de escaleras,
ni de subirse a los árboles,
ni del aletear efusivo a medio pecho.
No veían más allá de sus pestañas.
No podían vislumbrar más que trocitos de cielo.
Sus ilusiones crecían y crecían como surtidores
que se detenían en el nivel exacto en que el cansancio
los tornaba a su sitio.
Y sufrían, sufrían como nadie.

Eran pequeños templos dedicados
a la migraña.

II

La casualidad generaba manos aisladas del cuerpo
y de los brazos,
como moluscos arrojados por el mar.
Los ademanes parecían los movimientos espontáneos
de un animal venido a tierra dejando a sus espaldas
su más allá salobre.
Algo parecían querer decir
cuando, apretándose,
conformaban la palabra feroz
de su puño.
Y luego se relajaban,
abriéndose plenamente,
sugiriendo que algo, no sé qué,
se les entregara.
Se dormían en posición fetal
y soñaban quizás
con un saludo.

III

Había ojos por todos lados,
en los muros, los árboles, las hierbas,
la cola de los pavos reales,
pero no sobre los rostros...
Parpadeaban sin cesar
como si, con ello, pudieran
metamorfosearse en pájaros
y formar una parvada de ojos
que se movieran, con las estaciones,
en busca de los mejores yacimientos
de miradas.

IV

En uno de los tramos iniciales de la historia,
reinaba una especie de selva exuberante,
de país de los horrores,
hecha con venas, arterias,
páncreas, riñones,
cerebros, manos,
pies, piernas...La humanidad hecha pedazos.
Mundo fragmentado,
sin cohesión,
sin anhelo de unidad,
chorreando sangre,
como si se hubieran descuartizado
multitud de cuerpos
y sus trozos fuesen distribuidos
sin ton ni son.
Pero en verdad no era el resultado
de un destazamiento
de cuerpos preexistentes
sino la obra de un azar
enamorado de la retacería fantástica
que nacía de sus dedos.

Mas llegó al fin el momento
en que el Amor urgió al azar
a cambiar sus designios.
Le habló de las manos que se aprietan
-siendo el álgebra del coito-
de los besos mensajeros
que se envían de despedida,
de los cuerpos abrazados
que preferirían dar un paso a su fusión
que volver a conjugar todas las formas verbales
del hallarse solo.
Y las partes desunidas,
arrastradas por desconocidos impulsos,
empezaron a ayuntarse.
A partir de ese entonces
ya no era difícil
dar de pies a boca
con brazos que tenían pies en sus extremos
(creyendo ingenuamente,
al hallarse extendidos,
que el cielo era el destino de su viaje);
cerebros que cargaban sus pulmones
a la espalda;
cuerpos con pies invertidos
que no permitían a su dueño
dar el menor paso...

La Concordia le hablaba al azar por un oído
y la Discordia lo hacía por el segundo.
Y aquél, confundido, iba
de un extremo al otro,
poblando el universo mundo
con la fantasmagórica
evolución de sus contradicciones..
Por eso la tierra quedó convertida
en un enorme y extraño taller
que hacía y deshacía cosas,
animales, hombres,
y, en un descuido,
dioses.

El poeta bonaerense
que, por razones de inspiración,
encerró a sus musas en un laberinto
cuya salida se hallaba
en el mismo lugar donde sienta sus reales
la utopía,
que le dio a sus escritos
transfusiones de sangre
de los inmortales que,
lanzando fuegos de artificio
desde los sótanos de la metafísica,
campean a lo largo y a lo ancho
de su genio,
me lleva de la mano,
como a Dante su brújula poética
por la galería fabulosa
de su Zoología fantástica,
donde, al final, caigo en cuenta
de que se hallan en su jaula
de papel,
numeradas,
divididas,

apretadas en su propia grandeza pavorosa,
y con el único alimento de los ojos ajenos,
no pocas de las bestias que el azar
y su par de demiurgos,
engendraron en la historia natural
del pensador de Acragas.
Apredecidos de brujo,
al Amor y al Odio
la magia se les fue de las manos
hasta dar,
en la arcilla de lo posible,
con el perfil estructural
de lo monstruoso.

1

En la animalia de Empédocles
hallamos al urobo
que se muerde la cola...
Enigmática bestia
que durante mucho tiempo
-cuando tenía la juventud
metida hasta los tuétanos-
fue la persecutora de sí misma,
tratando de alcanzar, al alcanzarse,
el ser que, tanto tiempo,
estuvo tratando de alcanzar
ese alcanzarse,
pisándole los talones a su fuga,
buscando hincar sus dientes
-en amorosa discordia-
en la cola inasible,
hasta que un día,
sorpresa y milagrosamente,
se dio alcance,
devoró el milímetro
que hasta entonces lo separaba de sí mismo,
mordió su cola,
saboreó la eternidad,
sacó al tiempo por la puerta trasera,
y el urobo fue ganado
por la geometría

2

El squok era un animal sorprendente.
No tenía pestañas de más.
No tenía un corazón
que se moviera, péndulo al fin,
de un lado del tórax al otro.
No tenía una larguísima cola

que le sirviera, al enrollarse,
como almohada.
No se comía las uñas con todo y yemas.
No cargaba vello púbico
encima de sus malas intenciones...
Poseía, en cambio, una piel llena de verrugas y lunares.
Piel envejecida antes de nacer,
epidermis de feto anciano,
escudo contra las mil y una espadas
que lo esperaban en el medio ambiente.
Mas esto no era lo más característico
del monstruo,
su huella digital,
su marca de fábrica,
sino más bien que se trataba del más desdichado
de los animales
que han estado en el aquí y en el ahora
acosados por los cuatro puntos cardinales
del desorden.
Animal infeliz,
con un morral infinito de suspiros,
que llora,
llora sin cesar,
dejando a su paso
charcos de lágrimas.
Animal tristísimo,
lloraba, moqueaba
se deshacía literalmente en llanto.
Perdía peso,
corría hacia la flacura más extrema,
como si quisiera usar el bastón
de sus propios huesos.
Y proseguía llorando.
No sabía cómo –y a lo mejor ni lo deseaba–
detener su corriente
de grifo avergonzado.
No sabía cómo dar con la breve sequía
del consuelo. Carajo, no sabía.
Llora que te llora se la pasaba el día entero
ensartando su rosario de alaridos.

Al descubrirlo, uno no podía
dejar de preguntarle:
¿qué te pasa squonk,
por qué llevas en las playas de tus ojos
tal mar de lágrimas?
El squonk está presto a respondernos,
su boca adquiere de golpe
el perfecto molde de la respuesta,
pero un nuevo acceso de llanto
no le permite decir esta boca es mía.

Y qué sentido tiene
volver a interrogar,
si el charco de lágrimas
que deja a su paso

sólo refleja, sólo,
el atribulado rostro de la pregunta.

3

La bestia conocida con el nombre
de la velue (la peluda) no predominó en el Medioevo,
a orillas del Huisne,
como cree algún naturalista argentino
no siempre escrupuloso.
Su origen es infinitamente más antiguo
y hasta el mismo sabio reconoce
que “este animal habría sobrevivido el Diluvio,
sin haber sido recogido en el arca”.
Empédocles supo de él
y atribuyó al azar,
que hace mundo ejercitando
las más disparatadas fantasías,
la patente de su extrañísimo modelo.
Lo más inquietante de la velue
no era sin embargo su figura:
cabeza y cola de serpiente,
cuerpo esférico cubierto
de verde pelaje venenoso
y patas anchas y torpes de tortuga,
sino su dieta alimenticia:
gustaba de devorar seres inocentes
y en especial doncellas.

La velue merodeaba por los pueblos
A la busca de las vírgenes
que requería para su sobrevivencia
y beneplácito.
Puestas sobre aviso,
las doncellas de los alrededores
decidieron perder la virginidad
lo más pronto posible,
dejarla en manos del primer requerimiento,
olvidarse de las exigencias del matrimonio
y de las argumentaciones superficiales del rubor,
con lo que,
en una de las paradojas
más extrañas que sea dable recordar
la velue fungió durante algún tiempo
como una especie de espeluznante
Cupido.

4

Dragón en miniatura
que parece hospedarse en el fuego
nacido de su entraña
-como el lobo que deambula
en la boca de lobo de la noche-,

pariente de la zoología fantástica
de la humareda,
hija de los amores que tuvieron un día
el azar y la llama,
mientras los otros elementos
se encontraban dormidos,
la salamandra se la pasa todo el día buscando
los mendrugos de amhrosía
que Zeus, el hambre satisfecha,
arrojara hacia el fuego.

5

El topo que, mordisqueando su entorno,
anda bajo tierra
alimentándose de la más profunda oscuridad,
sueña con la intemperie
-por lo menos con el claro de luna-
y se acurruca en la humedad
de su propia congoja.
Es a la tierra
lo que la salamandra al fuego.
Y aunque vive perpetuamente enterrado,
solamente los ojos
tiene muertos.

PENSAMIENTO E ITINERARIO

I

De tanto ver cada uno
actuar a su contrario,
el Amor aprendió también a odiar
y el Odio supo amar por vez primera:
el Amor al mirar a la Discordia

en la perpetua acción de separar
cuantos besos encuentra en su camino,
servido del cuchillo del encono,
como si fuesen ostras que aprisionan
la perla del afecto
o poniendo una guerra en miniatura
al centro de un abrazo,
y el Odio al contemplar a la Concordia
cuando le da al deseo carta abierta
en la piel de sus sueños
o en el acto de hacer de la libido
la atmósfera que todos los humanos,
animales y cosas
deben de respirar cuando respiran.

Lo que el Amor odió fue lo disperso:
que anduvieran los ojos descarriados,
como ojos de la calle,
sin saber que las cuencas, instaladas,
debajo de la frente
y encima de la boca,
son su lugar, su nido, su montura
que tiene en la unidad su pegamento.
También le repugnó
que el hígado, los senos, las cabezas,
las manos y los pies,
y hasta un haz de lunares en parvada
que manchan el espacio, anden sueltos
como si fueran piezas de un enorme
rompecabezas que, ni las deidades,
ni la casualidad
(ese juego de dados que juega lo fortuito)
acertaban a armar, darle sentido,
generar cada cosa
a la sombra rectora de su nombre.

El Odio, por su lado, supo amar
lo igual o lo homogéneo (como muerte
de todas las monstruosas ocurrencias
que el azar fue regando en todo el mundo).
Le fascinó la unión de lo homogéneo,
el vals de los iguales,
la relación sexual de las especies
en el lecho nupcial del mismo género,
porque en ningún modelo ni programa
-ni siquiera en aquel que engendra el caos-,
el hombre ha de cargar
colmillos de elefante, carne de áspid,
desmelenada luz en vez de pelo,
escamas de pescado en las rodillas,
cabeza de canguro, cuello de ave,
zarpas llenas de sangre y emplumadas
de buitre carroñero.
Hay que matar por eso a esas criaturas
y que lo igual se encuentre con lo igual
para que las especies no se entreguen

**a la perversidad de lo monstruoso.
Hasta que suene la hora, con la muerte
reinstalada en el orden,
de que el Odio otra vez
deshaga lo homogéneo, lo normal,
con la voracidad de los gusanos
de sus puntos finales
respectivos.**

II

**En realidad de verdad
es más fácil esclarecer las cosas por lo igual invisible
que por lo desigual aparente.**

¿Cómo explicar las piedras por el agua?
¿Los astros por el aire?
¿Los hombres y sus suspiros
por una azarosa mezcla de raíces?
Si pensamos, en cambio, que las cosas se hallan integradas
por pequeñísimas partículas invisibles
de su especie,
la explicación resulta más sencilla,
más a la mano
o a secreto sorprendido.

...

Un pedazo de carne
-un seno, por ejemplo-
se halla conformado por minúsculos pedacitos de materia
-que no son gotas de leche comprimidas,
como alguien podría imaginar,
sino microscópicos trocitos de seno
que, excitándose mutuamente, se enlazan unos a otros
hasta formar esa parte del cuerpo femenino
donde se encumbra la libido
y la leche está a la espera de los labios...
Pongamos otro caso.
En la creación de la hormiga
tal vez no tuvieron nada que ver –o muy poco-
los cuatro elementos,
la cuadriga de principios
del carruaje filosófico de Empédocles.
Nada de eso. El cuerpo de la hormiga
no es otra cosa que un hormiguero de pedacitos invisibles
de hormiga.
Los elefantes no están hechos de ladrillos de gacela,
ni las gacelas del pesado material
de las tortugas,
sino que se hallan conformados
de ápices de elefante y briznas de gacela
y así ad infinitum, en el entendido
de que la infinitud no es sino un armatoste inconmensurable
formado de finitos.

...

Anaxágoras de Clazomene puso el dedo en la llaga.
Le preguntó a la brújula de bolsillo
de su sentido de orientación
por dónde debía seguir caminando el pensamiento helénico,
y esa brújula,
que era algo así como un perro sabueso
de puntos cardinales,
le desbrozó el camino.
Había llegado a Atenas desde el Asia Menor.
Conocía el filosofar de los miletanos,

del efesio, del de Samos y, desde luego,
de Jenófanes y de toda la escuela eleática.
E interesado por el punto de vista del agrigentino,
se puso a estudiar sus planteamientos.
Y arguyendo lo antes dicho
rechazó las raíces a favor de las semillas
-los mínimos pedacitos de materia
de donde nacen, al germinar las identidades,
las cosas, los animales y los humanos.

Vio también con recelo
que el azar fuera ley inexorable,
sátrapa del cosmos.
Acogió, como Heráclito, la ananké
-la necesidad,
el enlace forzoso,
la regla con mezquindad de excepciones,
la unión matrimonial sin más divorcio
que el cerrar de los ojos.

...

Aunque inspirado en Empédocles,
Anaxágoras dio un viraje
a todas las concepciones del agrigentino.
En vez de las rizómata habló de las semillas,
en lugar de elementos se refirió a las simientes,
en vez del Amor y el Odio
aludió al Nous, o a la Inteligencia.
Las cosas no nacían y morían
a la brisa bayadera o al sople huracanado
de la Amistad y la Discordia,
sino porque una razón
-que no habitaba la cárcel del cuerpo,
sino que vivía
obrando a la intemperie,
en el hogar sin muros del espacio-
disponía que así,
no de otro modo,
discurrieran las cosas
con la buena amistad de los medios y los fines
o la pasión incontenible de la causa
por su efecto.

...

Aristóteles dijo: las simientes de Anaxágoras
pueden ser nominadas también homeomerías,
simientes que se encuentran a la busca
de sus iguales,
noción en que lo homogéneo
afirma su dominio.
La concepción de Anaxágoras se aproxima
a las de Leucipo de Mileto
y Demócrito de Abdera:
las simientes se ubican,

en la arqueología de las minucias,
como un antecedente de los átomos.
Las semillas son semillas de los átomos.
Un árbol genealógico en que sólo
fructifican naderías,
nimiedades,
bagatelas que, sin embargo,
como diminutas cajitas de Pandora,
mantienen escondidos
multitudes de caos.

...

Para huir de la náusea metafísica
que produce en el ánimo la infinitud pequeña,
las homeomerías del de Clazomene,
como los átomos de Leucipo y de Demócrito,
encallaron en lo indivisible,
en las partículas eternas e inmarcesibles
-de raigambre eleática-
que, según se dice,
saltan a la vista si se hace una radiografía
del tiempo.
Pero Anaxágoras.
Pero Leucipo.
Pero Demócrito
no podrían haber existido sin Empédocles:
éste fue pluralista,
husmeó en lo vario la explicación de lo múltiple
y buscó por el lado de lo material,
del afuera,
del lodo,
de la luz,
del encabritado centauro de los aires,
la explicación,
el secreto,
la razón y cuenta,
del todo.

III

El hombre es un animal que tiende, o se le empuja,
a perder la salud. Si la Atracción le dio vida,
la Repulsión entra en negociaciones
con toda suerte de demonios y gusanos.
La enfermedad es un verdugo

al servicio de la muerte,
mensajera del Odio,
amante de la corrupción y la parálisis,
de la sangre coagulada
y del hálito sin alas.
Brazo derecho, pues, de la Discordia

La medicina trata de enmendarle la plana a su enemiga,
corregir las faltas de ortografía y de sintaxis
del organismo,
no dejar que la epidemia, con sus pies de Hermes,
conquiste el espacio con todo y habitantes,
se meta a las casas
por las rendijas de la puerta y a los humanos
por los orificios del descuido.
La medicina sabe cortar por lo sano
y sacar el morbo de la jugada.
La medicina, cuando se ejerce de verdad,
como Hipócrates,
y no con la implantación de manos del engaño,
como Asclepio-
es una forma del Amor,
una plegaria, con los pies en la tierra,
a favor de la vida...
Empédocles era filósofo:
hablaba del cosmos y de toda su corte
de conceptos principalísimos.
Mas también era médico.
Igual le interesaban los parpadeos del ser,
los eclipses
o los dolores de cabeza.

IV

Los hombres de hoy
pensamos que la sede del pensamiento
es el cerebro
y que la del sentimiento
es el corazón,
pero Empédocles,
a semejanza de Aristóteles,
y a diferencia de Hipócrates y Galeno,

creía que el pensamiento residía
en el corazón,
en el exacto punto que se halla a la espera
del dardo que se le destina.
Por eso su método era el sollozo,
sus silogismos plegarias
de coherencia intachable
y su lógica
abrirse las venas...

V

También se interesó por la astronomía
(el sol, la luna, los eclipses,
el firmamento que se extiende
como un muestrario de misterios titilantes),
la biología (la evolución de las especies,
la depilada analogía de los humanos y los animales,
la vida y sus inhallables escondites),
la medicina (las rizómata inspiraron
a Hipócrates, a Galeno y su escuela romana

y a la teoría de los cuatro elementos
que cabalgó, junto con la alquimia,
por los campos minados del medioevo).
Y así como se considera a Alcmeón de Crotona
el abuelo de la medicina,
hay quien ve en el agrigentino,
tan cercano al pitagórico,
el padre de la química,
la ciencia que investiga,
codo a codo con la metalurgia y la farmacia,
los secretos de lo sólido, lo líquido, lo gaseoso
y la mezcla del agua, la tierra, el fuego y el aire
en las probetas del ingenio
y en el crisol del entusiasmo
del maestro siciliano.

Empédocles era, pues, un hombre de ciencia,
un hombre de preguntas,
un hombre que cargaba a la espalda
un fardo inconmensurable de inquietudes,
un hombre inquisitivo e ingenioso
que armaba trampas
con las ramas de la observación
y las hojas de la conjetura
-inspiradas en la mentida faz
de las ratoneras-
para capturar las verdades,
nerviosas,
huidizas,
que nos acompañan, roedoras,
de por vida,
y que en veces,
al mirarlas o capturarlas,
nos parecen repelentes
o nos infunden miedo.

Empédocles no sólo, como filósofo,
se subía a la cima de las montañas
o a su Etna entrañable
para interrogar al cielo
y oír la pitagórica música de las esferas,
sino, como científico,
bajaba a la planicie,
se enjugaba las lágrimas celestes,
interrogaba a los guijarros,
y colocaba su oído en la tierra
para escuchar la música de los gusanos.

**Todo biógrafo de Empédocles sabe
que sus sandalias,
en apariencia tan celosas
de que las huellas del presente
no se les escapasen de los pies,
tenían vida propia:
el zapatero siracusano que las creara
había uncido al cuero,
las cuerdas y los clavos de su manufactura,
una fuerte dosis de inquietud,**

abierta curiosidad por los polvos de la extranjería,
un hormigueo,
un ansia de novedades,
que rechazaba,
a más la parálisis de lo sedentario,
el enmohecimiento de la brújula.
No es otra la razón,
no otra,
por la que,
después de libar su juventud en Agrigento,
de conocer ahí amistades,
amores,
misericordia humana,
y perder su fortuna
por la bolsa de la ambición agujereada,
partió a conocer mundo,
recorrer la orografía de lo ajeno,
respirar el aire perfumado de lo ignoto,
y brindarle a sus ojos
cursos intensivos
de paisajes inesperados y sorprendentes.
Preguntando se llega a Roma,
A Grecia y así mismo.
Tal hizo el siciliano.

Después de su peregrinación por Italia meridional,
el Peloponeso,
Olimpia,
Atenas
y las islas del mar Egeo
-un periplo por la belleza,
la cultura, la historia
y los caminos más intransitables de su espíritu-,
y tras su viaje filosófico por Crotona
y Sibaris
(donde conoció el pitagorismo),
por Elea
(donde se sumergió en las filosofías
de Parménides, Zenón y Meliso)
por la Hélade en pleno
(donde supo de los miletanos,
del efesio,
del de Abdera y del de Clazomene),
vuelve a Sicilia
-como hijo pródigo
que torna a su patria,
a su volcán custodio,
a las desconsoladas manos paternales,
al regazo donde un aire tibio
canturrea
viejisimas canciones de cuna.
Vuelve a Sicilia.
A los amorosos brazos de su pasado.
Se instala de nuevo en Agrigento
-O en Acragas, como también se le llama
por haberse fundado

en alto monte-,
torna, pues, a su terruño
que se halla al pie del Etna
y a la vera del río del mismo
nombre: Acragas.
Vuelve a Sicilia,
a sus planicies, sus montañas, su volcán,
y se halla con los personajes
que forman parte de las circunstancias
finales de su vida.

De ellos habla Friederich Hölderlin.

Los dramatis personae principales

De La muerte de Empédocles

son:

Empédocles, el filósofo.

Pausanias, su discípulo.

Hermócrates, sumo pontífice de Agrigento.

Critias, arconte de agrigento.

Pantea, su hija.

Delia, su amiga.

XLVII

LOS COLOQUIOS

UNO

PAUSANIAS: ¿Por qué dices, señor mío,
que tienes miradas de dios
o que tus ojos ven lo que nosotros,
los mortales,
no podemos ver?
EMPÉDOCLES: Porque puedo fijar mis pupilas en el sol

sin deslumbrarme.
Apolo no doblega mi vista retadora.
O vivir una tempestad
sin que mi corazón se convierta
en un aterrado niño
que busca esconderse
debajo de una cama
o en la fortaleza inexpugnable de un regazo.
“Porque he ascendido al Olimpo en cuerpo y alma”
y sé que el tiempo no es sólo una catarata de momentos
y el espacio una galería de lugares.
PAUSANIAS: “Ni nadie amó jamás el mundo eterno,
sus genios y sus fuerzas como tú”
EMPÉDOCLES: Déjame poner las manos en tus ojos
para que la luz,
y la su extranjería de ultratumba,
no los cohiba
o los espante
o los arroje a un lloro defensivo
y obligue a sus párpados
a labrar la mazmorra
de su ser finito y apocado.
PAUSANIAS: me hincó de rodillas, mi señor,
en espera de tu ademán,
como el beduino que corre hacia el oasis
que corre hacia el beduino,
cual si se tratase
de un par de camellos enamorados.

DOS

PANTEA: No lo dijo expresamente,
pero lo sugirió.
Las margaritas que se dan a los cerdos
tal vez deben ajarse y llenarse de lodo
para hacerlas codiciables.
Hizo hablar no a su lengua,
sino a la voz desmenuzada
de unos puntos suspensivos.
Sin embargo, tú y yo,
y algunos otros,
captamos el sentido de sus expresiones,
el alma de la letra,
lo que estaba detrás de sus frases
o la saliva escultora.
PAUSANIAS: Su voz se tornó ronca,
hueca,
agarrada a la sintaxis
para no caerse en el vacío,
y sin embargo alegre y festiva
con una cadencia de viento enamorado.
No hay duda:
sus palabras no eran ya de este mundo.
PANTEA: Su discurso era claro,
y cómo no

si nada divino le es ajeno.
Cada mañana, cuando despierta
se vuelve más y más diferente
de nosotros,
los simples mortales.
Cada mañana, cuando da con sus ojos,
toma sus manos y se encarama a sus pies,
le da la espalda a su cuerpo,
lo ve como un costal de huesos y de sangre,
lo carga en hombros
y se lo lleva, porque no puede dejarlo,
a la plaza pública.
PAUSANIAS: Pero Hermócrates
habla de desacato, de blasfemias,
de herejías sin descanso ni cuartel,
y él, que pone grilletes al cuerpo,
no sabe cómo atarle el alma,
la voluntad,
la lengua –la criatura más libre
de su cuerpo.
No cabe duda, es ya un dios
o, por lo menos, el Escogido
para establecer un puente
entre los mortales
(con los pies enfangados en el tiempo)
y el sideral Olimpo donde se hallan
-chorreando eternidad-
los dioses titilantes.

TRES

HERMÓCRATES: Qué insolencia de hombre,
qué “charlatanería descuidada”
al interior de su pecho.
Qué manera de coleccionar blasfemias
como el que colecciona mariposas,
pájaros disecados,
recuerdos.
Qué ínfulas de ir poniendo sus pies
en las huellas de los dioses
y creer que

si su cuerpo es corruptible
su corazón es eterno
y en alguno de sus puntos infinito.
“Jugó con las leyes de la patria
y nunca respetó a las viejas deidades
de Agrigento”. Qué insolencia.

CRITIAS: Pero se ha hecho amar de sus compatriotas.
Los niños que hay en los habitantes de la ciudad
lo llevaron de un lado a otro
hasta colocarlo en el lugar del padre
y, de acuerdo con sus enseñanzas,
creyeron ver en una de sus manos el amor
y en otra, si no el odio, sí la severidad.
¿Recuerdas por qué se le llamó Colusanema
(prohibidor de vientos)?

Porque, en una ocasión en que soplaban malos aires
sobre Acragas, trayendo la peste
en el pico de invisibles insectos,
mandó cerrar cierta abertura del monte
y libró a la ciudad de la maldición
de esa gigantesca ala negra
(que cobijaba a millares
de aves de rapiña)
que se abatió sobre nosotros.

Hay quien asegura que resucitó a una mujer difunta.
Que, con una implantación de manos,
le reintegró la respiración a la boca
y convenció al corazón a que retomara sus bártulos,
se sacudiera el polvo de la nada
y prosiguiera su marcha.

No lo sé.
Quizás no sea sino una de esas fantasías con pies de barro
que engendran los amores lujuriosos del deseo
y la superstición.

Pero me consta que curó de su enfermedad
a Pantea, mi hija, la cual, desde entonces,
es como su sombra:

a veces se coloca a sus pies,
a veces se reclina en las paredes,
a veces corre tras él tratando de descifrar
los enigmáticos dibujos de su rastro,
y a veces, en fin, muestra,
aunque oscuramente,
sus mismos gestos y ademanes.

Le puso la mano en la frente
y las contorsiones de su cuerpo fueron amainando,
las toses se perdieron en el espacio
como ovejas en el precipicio
y su respiración se convirtió en la canción de cuna
de la salud recién nacida..

HERMÓCRATES: No sólo tu hija fue ganada por ese hombre
lleno de promesas y bienaventuranzas
que pide cerrar los ojos para espiar el más allá.
También Pausanias, a quien dicta sus obras,
y confía sus pensamientos.

Yo lo oí cuando le decía a su maestro:
“haces resplandecer
la favorable luz que de ti emana sobre todas las cosas,
para que todas tengan el color de tu espíritu”.
Pero hay algo que es el colmo: “soñador terrible”,
dice, tiene el descaro de decir
“que los dioses nacieron un día de su verbo”.
CRITIAS: Pero él siente ahora
que los dioses lo han abandonado.
Que lo amaron, sí, en demasía:
le llenaron las manos de dones,
las sienes de palomas mensajeras
y el corazón, que miraba de reojo
los secretos de la vida y de la muerte,
de envidiables vislumbres.
HERMÓCRATES: “Nunca volverá a ser el Pacífico”,
el hombre que no ha oído hablar nunca de las tempestades.
Con toda justicia, con toda,
fue “castigado con la desolación sin límites”.
Por eso va de un lado a otro,
sin hallar su lugar
y viendo al lobo que aúlla por la noche
como su hermano.

CUATRO

HERMÓCRATES: Como si fuese el fruto
que, en un descuido azucarado
y sin una cáscara de precavida
dureza,
consiente que una larva se le introduzca
y satisfaga en sus entrañas
el hambre de paraíso
de sus diente-cillos voraces,
tu corazón, oh Empédocles,
al permitir que el orgullo se le encaje,
se haga uno con su encarnada pulpa,
no es sino un corazón
agusanado por la soberbia.

EMPÉDOCLES: ¿Soberbia la mía?
¿La montaña que,
con el sol en las sienes, se eleva
sobre las colinas humildes
y los abismos amedrentados,
encarna la soberbia?
Es, si acaso, altivez,
arrogancia del que se codea con las nubes
sin sufrir el menor síntoma de un metafísico
mal de montaña,
entusiasmo por tener a mano lo sagrado,
orgullo de hallarse frente a frente
con el firmamento

sin la imperiosa necesidad
de bajar la vista hacia nosotros
para medir la pequeñez en que andamos,
satisfacción de sorprender lo sublime
cuando se halla sin erguir
su puente levadizo.
Pero tú, y tu gremio,
son incapaces de entenderme:
la sordera es el primer mandamiento
de tu código.
Ustedes los sacerdotes,
los que, según se dice,
tienen derecho de presentarse ante lo augusto y numinoso
sin pedir audiencia,
los que asisten al baile de máscaras
de los grandes enigmas,
los que leen en las nubes los designios del hado
como lo hacen los teurgos
con las entrañas de los pájaros
-que son -dícese- la parte de las aves
que alcanza el más alto vuelo.
Ustedes, los arcontes,
se presentan como guías del pueblo,
como brújulas parlanchinas,
como pastores de las ovejas
que salen al campo
a pastar su ingenuidad y a rumiar su ignorancia.
Pero en realidad son lobos
disfrazados de corderos.
Sus colmillos blancos
contradican la negrura de la boca
para no asustar a sus víctimas.
Y no hay día
en que no desaparezca una oveja,
como si fuese devorada por el espacio,
destinada a alimentar con su carne
el apetito sacerdotal
y cubrir con su lana el frío producido
por el arrepentimiento.

HERMÓCRATES: La mía es la religión de nuestros antepasados:
la religión, como el vino, carece de calidad
si su cosecha es reciente.
Y esta religión nos obliga a la obediencia,
a la fidelidad,
al culto ancestral,
a los ritos y a los sacrificios..
Guay del que se evade de este circuito
de responsabilidades
porque el rayo de Zeus, centinela de la fe,
mensajero del oficio santo,
reduce a carbón el intento
y hace de las palabras apóstatas
sólo basura humeante.

EMPÉDOCLES: La verdad es aletheia (quitar velos),
no para violarla,
destruir su salud,
enmudecerla.,
sino para ver las cosas en su desnudez,
sin ropajes distorsionantes
y colgajos sin sentido.
La verdad adulterada
Se convierte en el templo de su antípoda:
la mentira, la que va por el mundo
en un perpetuo juego de manos.
Tú, Hermócrates, como todos los de tu profesión,
como todos,
hablas de la verdad
pero sólo evidencias,
o despojas de velos,
tu ansia de ejercer el poder,
servir al Estado,
aprovecharte de la inocencia de página en blanco
de tus feligreses.
Pero tus plegarias
repiten la historia de Ícaro...

HERMÓCRATES: Traes, infeliz, el escándalo en la boca.
Crees tener el derecho
de quitarles el suelo que pisan
a las almas.
Darles alas pero quitarles el cielo
o darles el cielo pero entregarles
alas destartaladas y sin plumas.
La libertad es el lujo de los inmorales,
el estigma de los réprobos.
Pecas contra los dioses
y te imaginas que no hay en tu futuro
ningún castigo
(pobre hombre con delirio de eternidades),
ningún risco golpeado por los vientos
y acechado por el buitre
de la vindicta.
Pero te equivocas, falsa deidad.
Los dioses tienen oído
-oyen el rechinar de un insecto,
el gemir de una herida
y la música disonante de las malas intenciones-
y quiéraslo o no serás castigado.
Los dioses se han llevado a sus divinas fauces
la última palabra.

CINCO

PANTEA: Digan lo que digan los infelices,
los desolados,
los dejados de la mano de dios,

la indiferencia no priva en el Olimpo.
Las deidades no oyen a los hombres y mujeres
que derraman su llanto
en el frío regazo del pañuelo,
como quien oye llover,
o como la inexistencia de lo sobrenatural
atendería las plegarias.
No sé cuántos ni cuáles de los dioses
escucharon las voces del Maestro,
sus quejas de ser parte inquisitiva
de un todo desdeñoso.
De padecer la enfermedad incurable
de sus límites.
De cargar el río de Heráclito en las venas.
De vivir, como el áspid, olfateando la tierra,
el fango del abajo,
y tener un espíritu
con una enorme escalera de miradas
que se la pasa, en un safari del infinito,
escudriñando los pliegues del arriba
y el rastro de los inmortales.

PAUSANIAS: Lo escucharon. Se conmovieron con sus palabras
y empezaron a amarlo
como a un hijo que hubiera venido al mundo,
por mandato celeste, no en el vientre de una madre
sino en la matriz de un milagro.
Le regalaron nuevos ojos.
Me consta que él veía más y mejor que cualquiera
de nosotros.
Los cuervos de la noche
no le picoteaban los ojos
y se quedaban con jirones de miradas
en los picos.
Su vista, y en su vista el pensamiento,
y en el pensamiento su eterno preguntar,
lo penetraba todo:
iba de la fronda al tronco
y del tronco a sus raíces.
Las deidades compartieron con él muchos secretos.
Lo menos que podemos decir de él
Es que fue confidente de la perfección.
Y hasta hay quien dice
que lo invitaron a su mesa ,
que Ganimedes le dio dos dedos de vino
y que él dejó la señal de sus dientes
en un mendrugo de ambrosía.

PANTEA: Lo amaron en demasía. Lo mimaron
como juguete nuevo.
Lo trataron como a uno de los suyos.
Le colocaron su corona de nubes
y le limpiaron el polvo a sus sandalias.

PAUSANIAS: Mas, pese a todo, no era igual a ellos.
Le faltaba ese centímetro infinito

que separa al más noble de los hombres
del más humilde de los dioses.
No era su igual. Y en un momento aciago,
algo que hizo el Maestro,
o que pensó,
o que le pasó por las hambrientas entrañas del deseo,
chocó con el arbitrio de los poderosos
y Empédocles cayó de su gracia
como el gato de infinita belleza
que rasguña la mano de una diosa.
Así ocurrió con él,
“se le ha castigado con una desolación sin límites”.
Se le retiró “el divino hechizo”
y así como antes lo amaron,
“lo redujeron los dioses a la nada”

MONÓLOGO DE EMPÉDOCLES

De pequeño y adolescente
tenía en mis manos dos bestias de carga,
esclavas al servicio
del demiurgo invisible que mi cuerpo aprisiona.
Escribían poemas,
bajaban a las minas de los secretos,
me servían, discóbolo del bien decir,
para lanzar emotivos ademanes a distancia,

movían montañas,
arreglaban mesas, husos, tornos.
Sabían de jardines y museos.
Y gustaban de reanimar
los desmayados pulsos,
pesimistas, desganados,
que sólo proseguían el camino
arrastrando los pies.
Después de olvidé de ellas.
Creo que las dejé debajo de mis brazos
y encima de las uñas.
Supongo que algo continuarían haciendo:
desperezándose al sol,
soñando robarle a la cítara
el mejor de sus acordes.
Juntarse una a otra
para hacer comentarios sobre el tiempo.
O hallarse ensimismadas en el misterio metafísico
del tacto.
Yo, por mi parte, me dediqué a la episteme,
al ejercicio de la reflexión
profunda, radical,
yendo a las raíces de las cosas
y no como el que se anda por las ramas
inventándole a las flores, los frutos y su sabor
orígenes divinos.
Los dedos de mi entendimiento, todos vida y acción,
trenzaban ideas, ayuntaban argumentos,
bajaban del aire alguna hipótesis,
la alimentaban de tierra,
y la hacían teoría.
Empecé a ver a los otros,
a mis hermanos en la fragilidad,
desde la atalaya en que la inteligencia
se metamorfosea en Argos.
Yo sabía del sol y de la luna,
de Pitágoras y de las ensoñaciones juveniles
en cuarto menguante.
Auxiliado por la fe y la sugestión,
y mi voz transmutada en voz paterna,
se me empezó a ver,
y yo mismo me veía,
como un ser único, irrepetible,
que, con un tronar de dedos,
podía improvisar un milagro:
hacer desaparecer la noche
o despojarle de su fardo de dolencias al hombro
al cuerpo enfermo.
Cómo me amaba el pueblo,
no pocos hubieran dado años de su vida
por un jirón de mi túnica,
una palabra de consuelo
o una mirada de reojo.
Yo había nacido en una familia aristocrática,
mi abuelo, del mismo nombre que yo,
ganó en uno de los juegos olímpicos

montando un caballo
-con vino añejo como sangre-
del ganado caballar
de mi familia.
Había nacido noble,
pero mis simpatías estaban
con los indigentes
y no pocos consejos
sobre su vida pública y privada
saltaron de mi corazón a mis labios
y de mis labios a su agradecimiento.
Sané enfermos. Resucité difuntos.
Dejé a mi paso,
como huellas de mi peregrinar,
un sinfín de portentos
que admiraban a los humanos
y producían averías y perplejidades
en las leyes físicas,
Pero ocurrió entonces lo previsible
(lo que tenía que resultar más temprano que tarde
porque habitaba en lo probable –la parte más fecunda de lo
posible):
me nacieron, por aquí y por allá,
un gran número de enemigos.
Hombres que me enviaban su rechinar de dientes con mensajeros,
que hundían sus puñales en mi rastro,
que conspiraban para que mi lengua
fuera azotada en la plaza pública,
que me acusaban de impiedad
-de sacudir a dos manos el Olimpo
hasta dejarlo sin dioses-
o, por lo contrario, de parangonarme
con el mismo Zeus y volverme
salteador de caminos para robarle a los dioses
la inmortalidad.
Caí, entonces, en cuenta
de que era yo un embaucador.
¿Por qué me había dado
el nombre de deidad?
¿El volcán de mi delirio de grandeza
había estallado?
¿Por qué hice ese disparatado alpinismo
a los superlativos?
¿Por qué me separé de los hombres:
primero de la masa
y me refugié con mis discípulos
y después de mis seguidores
sintiéndome único,
hecho de pasta de divinidad?
No era un dios. Era tan sólo un sabio:
un hombre que había adquirido
los conocimientos suficientes
para medir el tamaño de su ignorancia,
saberse tan poca cosa
que se hallaba más cerca de los batracios
o los coleópteros que de los dioses.

Cómo me duele haber hecho
la apoteosis de mí mismo.
Qué pretensión tan irracional
creerme uno más de los poderosos del cielo
cuando mis músculos
son mecanismos de juguete
que sólo me permiten
levantar una piedra
y arrojarla a la irrisoria distancia
que deja descalabrado mi propósito
o levantar en vilo a Pausanias
que tiene de robusto
lo que el ave matutina de culto al silencio,
mientras un dios puede jugar
a las vencidas con el sol,
meterle zancadillas a un huracán,
agarrar en sus brazos un río,
y tras feroz combate,
dejarlo, derrotado y ofendido,
husmeando un nuevo curso.
Con estos devaneos en la mente,
he engañado a mi gente
-oculté mis pies de barro
con una túnica que me llegaba al suelo.
Me he presentado como ella
Querría que fuese
-un dios en toda la extensión de la palabra
y sus múltiples acepciones-
y no lo que era en mi humilde realidad:
un hombre y sólo un hombre
que no tiene a lo largo de su cuerpo
un solo corpúsculo de divinidad.
Pero no sólo engañé a mis compatriotas
-actor de teatro que,
amando a su personaje hasta ser uno con él,
deja fuera de escena el fingimiento-
sino que me engañé a mí mismo,
me hice trampas,
mis facciones fueron derrotadas
por la máscara.
Exageré mis poderes
-el morral de conocimientos
conquistados en la pizca
de mi hallarme en las nubes-,
los hice pasar a primer plano,
dejé que los pífanos y atabales de la fama
los presentaran como asombrosos e indiscutibles
ante el pueblo, mis seguidores
y yo mismo.
Simultáneamente escondí mi debilidad
en algún calaboz de mi entraña.
Olvidé mi fragilidad,
mi ser una hoja al viento
o un junco doblegado
por la ferocidad ululante del destino.
Pero ¿cómo dejar de lado la esencia humana?

¿cómo olvidar que somos criaturas, no creadores,
arrojadas a la vida
sin que nos acompañen unas insytrucciones
que digan el por qué o el para qué
de nuestro nacimiento?
Soy entonces culpable
de engañar a los otros y a mí mismo.
La culpa es un roedor que se alimenta
de material anímico.
También del hígado, el corazón
y la alegría.
Ya no puedo vivir. No sé ya cómo.
El látigo pertinaz del arrepentimiento
me hostiga, me amenaza, me flagela,
pero su castigo , enflaquecido por la lástima,
no se encuentra al altísimo nivel de mi pecado.
Estoy insatisfecho,
con un sabor amargo en todo el cuerpo,
con un odio en pie de guerra
en contra de mí mismo.
Los dioses, en verdad, se han alejado
de mis alrededores. Su castigo
es pasar solamente ante mis ojos
miradas terrenales.

Y yo estoy de su lado.

EL DESENLACE

I

La reencarnación
-concebir el alma humana como una estafeta
que transmigra de un cuerpo a otro-
es negada sobre todo por quienes,
hipnotizados por la muerte,
están persuadidos,
como el abajo firmante,

de que las paletadas de tierra sobre el ataúd
van a formar un montículo insignificante
sobre un vacío.

La reencarnación implica
una cadena de cuerpos y de cuerpos
que un espíritu va habitando sucesivamente,
y que deja como huellas de su peregrinar
por este valle de lágrimas.

La reencarnación muestra que cada hombre es un suceso,
un capítulo, una jornada
en la trama de episodios y episodios
que forman ese infinito, o casi,
en que la cuna y el sepulcro hablan el mismo idioma.

La reencarnación es la epopeya de nunca acabar.
La muerte, si es que existe,
si es que así se puede llamar a la dilución de la persona
en las entrañas de lo divino,
no se halla a la vuelta de una lluvia de lodo
y una oración fúnebre,
sino que se encuentra postergada
hacia un final tan lejano,
tan radiante, tan utopía del cielo
que no genera en un corazón acobardado
una aceleración inusitada
de palpitations temblorosas y pálidas.
Pero...La idea de la reencarnación
¿no será, muy en el fondo,
la perpetua transmigración
del ansia de inmortalidad
que va de un pecho a otro,
haciendo de los hombres,
no avatares de la vida incorpórea de las almas,
sino sólo incidentes
de un anhelo inmortal muerto de miedo?

II

Supongamos que alguien cercano a nosotros
cae enfermo,
que el corazón y su báculo de latidos
dan muestra de cansancio,
que el pulso se rehusa a seguir cantando su partitura,
y que en la agonía
-el campo de batalla entre el amor y el odio-
se sale con las suyas la Discordia.
El cuerpo, entonces, se detiene.

Todo lo que anda en él se para en seco.
La respiración emite su postrera exhalación
de mariposas negras.
Supongamos también que Empédocles
es testigo de este desenlace
en que el tiempo de un individuo,
habiéndose contagiado de la misma enfermedad que su cuerpo,
sufre mil complicaciones,
los minutos se le asfixian,
los signos vitales se colocan en la flama de una vela
y sienten el golpeteo del viento,
y un derrame incontenible de momentos
hace que el último de sus segundos
encarne en la efímera montura
del último suspiro.

¿Qué pensaría Empédocles?
Diría que el alma del paciente,
entreverada con el cuerpo,
bordada con la carne,
mostraba, en vida, el prodigioso trabajo del Amor
que sabe matrimoniar lo contrario,
hallar el zurcido invisible y prodigioso
que entreteje el aceite con el agua,
la mujer con el hombre,
el alma con el cuerpo.
Pero también diría que la muerte no existe:
que las viviendas, envejecidas o arruinadas,
no arrastran a sus huéspedes
en su proceso destructivo.
La muerte del cuerpo
les permite a las almas saltar hacia fuera,
sacudirse el barro de los pies,
limpiarse la basura erótica
dejar sin amarras el espíritu
y acceder, en primera persona de libertad,
a una dimensión existencial desconocida.
Nos recomendaría:
Dejad al cuerpo descansar en paz.
Las uñas, las pestañas,
la boca saboreando su silencio,
merecen olvidarse...
Seguid más bien al alma.
Seguidla con los otros ojos,
Los que no son de carne
y han olvidado parpadear.
El alma, con no poco esfuerzo, se desembaraza
de los restos mortales,
se quita cuerpo
como quien se libera de una ceñida túnica
que nos oprime.
Se desinhibe,
se desata,
se enloquece
y no mucho después
de que el cuerpo devenga una porción más

de naturaleza inanimada,
brinca,
da un salto mortal
-tras la noche de amor de una pareja-
a otro cuerpo,
pequeñísimo,
del tamaño de una uña,
promesa de infante que se incuba
en un vientre amueblado
por el Amor.
El alma transmigra, pues,
como un ave que brinca de árbol en árbol.
Qué absurdo sería decir que el pájaro,
como la flor,
es producto del árbol,
cuando tiene sus alas,
su empeño,
su libertad.

III

Para el reino nocturno dominante,
la breve luminosidad que se fraguó en el horizonte
era apenas una conjura,
la subversión clandestina
del haz de luces
(contrabando de puñales y espadas
con brillos esgrimistas)
que muy pronto, hacia la madrugada,

daría su golpe de estado,
se adueñaría del poder y se erigiría en dictadura.
La paz se encontraba envenenada:
la tregua blandía una bandera
que más que blanca era oscura.

Por eso se puso a la defensiva
tratando de aplastar el brote rebelde
con una carga simultánea
de todos sus cañones cargados de azabache.
Pero la estrategia del sol,
que es la del destino,
era tan perfecta y estaba tan bien calculada
que, para dar la batalla final,
escogió el terreno que más la favorecía
-el confín desprotegido-,
sorprendió en muchos puntos al adversario
que, en forma de oscuridad hogareña,
estaba metido en los palacios, las casas, las cabañas,
en vez de levantar el ejército caliginoso
que la noche necesitaba imperiosamente
para sobrevivir.

Llegó el día,
se arrellanó en el trono,
repartió los naipes de los miembros de su corte,
y no se tentó el corazón
para ejercer de manera omnímoda el poder
y destruir los mendrugos de noche que quedaban
escondidos en los sótanos,
las mazmorras
o las grutas;
se justificó arguyendo que su enemigo
era el terrible causante de la ceguera de todos
o la droga general
que convierte la actividad laboriosa
en ocio aletargado
o en lujuria antropófaga...

Al sonido de las ruedas
del carronato solar,
de los gallos que -en señal de triunfo-
llevan en el pico
trozos de penumbra
o jirones de la bandera enemiga,
y de un alado escándalo arbóreo
que hablaba de acción,
alegría,
pulso,
Empédocles abrió los ojos,
untó la punta de sus dedos
de miradas mañaneras
y supo que ese día,
ése,
era su último día.

IV

**Empédocles anunció a sus discípulos
que le había llegado la hora.
No voy esperar con los brazos cruzados
a que la vida,
cuando le plazca,
me dé a tomar el alimento envenenado
de mi último suspiro –les dijo.
Y añadió en voz baja:
si he sido dueño de mi existencia**

-porque hay un libre arbitrio
detrás de cada paso que doy
o de cada ademán con que desordeno un poco el mundo-
quiero también apropiarme de mi muerte.
No quiero una muerte ajena.
Una muerte que le cae a uno.
Que se le viene encima,
como la espada de Damocles,
desde el cielo.
Una muerte malquista porque arroja sobre nosotros
su extranjería.

Pausanias se escondió bajó un sollozo
y sintió que a su corazón
se le nublaba la vista.
Se quedó a un milímetro del desmayo.
Enmudeció su lengua,
pero hubo un grito de lágrimas en sus ojos.
Pantea no le creyó a sus oídos
lo que, allá en sus adentros, le decían.
Sintió el deseo de protestar
y hasta de convertir su pecho en un salvaje nido
de blasfemias.
Sintió el deseo de correr desesperadamente
hacia la palabra no
y ponerla frente a los ojos del Maestro.
Pero vio que las palabras de Empédocles
eran de granito, pesadas,
que no podían removerse
ni ser llevadas arbitrariamente
de un sitio a otro.
Eran palabras que no darían el brazo a torcer
en ninguna de sus letras.
Y también quedó
pálida,
desdibujada,
a orillas de sí misma.

El Maestro miró hacia lo alto,
hasta descubrir el Etna
que durante siglos y siglos
estaba ahí
para esperarlo.

V

Friedrich Hölderlin,
el “poeta del poeta”,
el amigo de Schelling, Hegel,
la revolución francesa y la locura,
sugiere, en la muerte de Empédocles,
que lo mismo antes y después de nuestra era,
que en Oriente y Occidente,
hay una serie de Cristos
que, aunque difieren en muchos puntos,

tienen una anatomía,
una esencia,
un fondo común que los hermana.

Si esta suposición está preñada de mundo,
hay tres consecuencias
que nos tuercen el brazo
para imponernos su necesidad.

La primera es que Jesús
no es sino uno de los muchos Mesías
que en el mundo han sido:
un ser maravilloso
que nace en un pesebre virginal
y muere crucificado en su suicidio.

La segunda es que no es un accidente
que exista esta cadena o este rosario de Cristos,
porque en realidad Cristo va reencarnando
una vez y otra vez
en diferentes momentos del espacio
y en distintos parajes del tiempo.

La tercera es que Empédocles,
que se la pasó haciendo milagros,
que tuvo en Pantea a su María Magdalena,
en Pausanios a su Juan evangelista
y su fariseo en Hermócrates,
murió,
o se dejó morir,
en el volcán custodio de su pueblo,
en el vientre materno de su Monte,
en el gólgota en llamas
de su Etna.

VI

La tentación del sabio al endiosamiento
podría considerarse una ley
o, si se prefiere
-para no discriminar las excepciones-
una tendencia,
un “así suele suceder”,
un irrefrenable impulso del mismo
a creerse merecedor de casa
(con jardín y pedacitos de cielo)

en algún fraccionamiento del Olimpo,
además de tutearse con lo absoluto.

Si los dioses, los libros y la experiencia
están de su parte,
porque su destino anda de buenas,
el sabio sobresale de tal modo
por encima de la mediocridad,
que se diría el templo
que se distingue y aísla de las casas
hincadas de rodillas que lo rodean,
para volver los ojos al cielo
y ofrecerse a él como vivienda.

Cuando la erudición se compara con la ignorancia
puede aparecer (y hasta creerse) divina;
pero cuando se compara con la divinidad
no puede ocultar (u ocultarse) sus pies de barro.

Tal ocurrió a Empédocles:
se sintió fuerte e invencible
frente al común de los hombres,
pero frágil, mal hecho,
hijo de una matriz envenenada,
frente a los dioses.

Esta doble comparación
la hizo en momentos distintos.
Primero, orgulloso de su saber,
se sintió no tanto un héroe
-a cuyo patrimonio le faltan perfecciones-
sino un verdadero dios,
y hasta, en sus instantes más aéreos,
se imaginó gravitar
y tener el secreto para traer milagros
al mundo.

Y así lo predicó
hablando como si sus palabras
fueran palabras de eternidad,
vocablos de destino.
Y así se atrajo a la muchedumbre,
tan ignara,
tan dolorida,
tan sufriente de orfandad desde que nace.
Pero después, poco antes de morir,
advirtió que no sólo se había engañado a sí mismo,
sino también a los otros.

Se sintió un embaucador de sus semejantes.
¿Cómo es posible, se dijo,
que les haya hecho creer que soy lo que no soy?
Se maldijo sin misericordia.
Tiró su nombre al suelo
y no se cansó de pisotearlo.

Y lo embargó la culpa,
sintiéndola no sólo en un instersticio del corazón
sino a lo largo y a lo ancho de sus entrañas.
No había una sola parte de su cuerpo

que no se presintiera,
se sintiera
o se supiera culpable.

Pensó en la muerte.
En el borrón y cuenta nueva
de la esperanza.
En una muerte depuradora,
en una sepultura curativa,
en un nuevo florecer purificado
por el sacrificio.

Se alejó de todos.
No dejó ya nunca de tener los ojos
clavados en el cielo.
Se puso en la frontera del volcán en llamas,
abrió su corazón,
aulló como coyote al infinito,
y se arrojó a la vida...

INDICE

EL SABIO DE AGRIGENTO

LAS CUATRO RAICES

AMOR Y ODIO

LOS MONSTRUOS Y EL AZAR

PENSAMIENTO E ITINERARIO

COLOQUIOS

MONOLOGO DE EMPEDOCLES

DESENLACE